"Un recuerdo muy antiguo. Lo primero que escribo en mi vida es mi nombre de varón. Aprendo una pequeña parte de mí". **El viaje inútil** arranca anunciando zozobras y maravillas. Con una intensidad y una rara musicalidad, Camila Sosa Villada ensaya en clave autobiográfica el relato de una deriva que va de la infancia al posterior ejercicio de la prostitución, el tránsito desde el travestismo al teatro y el choque con la escritura como lugar de posibilidad y peligro, de expresión de vitalidad y bordamiento. La actriz y dramaturga cordobesa, que brilló en obras de su autoría como **Despierta corazón dormido** y **Putx madre**, se mueve hacia la literatura con una potencia que retiene la crudeza de su vida volcada en las piezas que lleva a escena.

A/E

ISBN 978-987-4445-04-9

Camila Sosa Villada

El viaje inútil

A/E

El viaje inútil

Transficciones

Camila Sosa Villada

A/E

El viaje inútil

Trans/escritura

El viaje inútil

Trans/escritura

Camila Sosa Villada

A/E
Ediciones DocumentA/Escénicas

Sosa Villada, Camila
El viaje inútil: trans/escrituras / Camila Sosa Villada.
1a ed. - Córdoba: Ediciones DocumentA/Escénicas, 2018.
116 páginas; 18 x 11 cm.

ISBN 978-987-4445-04-9

1. Escritura. 2. Literatura. 3. Memorias. I. Título.
CDD A864

Camila Sosa Villada
El viaje inútil: Trans/escrituras
1° ed. Córdoba 2018: Ediciones DocumentA/Escénicas
116 páginas; 18 x 11 cm.
©Camila Sosa Villada

©Ediciones DocumentA/Escénicas

Ediciones DocumentA/Escénicas
edicionesdocumenta@gmail.com
www.edicionesdocumenta.com.ar
Lima 364, Córdoba, Argentina
Tel.+54 (351) 153855601

Proyecto y diseño editorial: Gabriela Halac
Dirección de colección: Demián Orosz
Ilustración y diseño de colección: Lucas Di Pascuale

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
ISBN: 978-987-4445-04-9

Obra ganadora del
1° Concurso Nacional de Proyectos Editoriales
del Fondo Nacional de las Artes

Un recuerdo muy antiguo. Lo primero que escribo en mi vida es mi nombre de varón. Aprendo una pequeña parte de mí. Estoy sentada en la falda de mi papá, tengo una caja de lápices de colores, un cuaderno Gloria de color anaranjado y mi papá toma mi puño y me enseña a usar el lápiz. También lo ha hecho con los cubiertos y con los vasos. Me enseña a agarrar correctamente las cosas. Una vez que aprendo a escribir las vocales y hago los primeros garabatos sobre las hojas, redobla la apuesta y me enseña a escribir mi nombre: mi primer nombre, Cristian Omar Sosa Villada. Y luego todo el abecedario y luego los números, del uno al diez. Tiene un método preciso, letra por letra, en cursiva y en imprenta. Esta comunicación nuestra es lo que viene a confirmar, luego de tanta separación y distancia, que algo nos unió en ese momento y nos hizo felices a ambos: enseñarme a escribir.

Este período de aprendizaje junto a mi papá es lo que me dice "no siempre hubo guerra entre ustedes". Hubo amor. Nos reímos juntos.

Enseñarme a escribir es el gesto de amor que mi papá tiene para mí.

Cuando yo anticipaba una respuesta o lo sorprendían mis avances respecto a la escritura, él daba saltos de alegría. Tengo cuatro años para siempre en ese instante, sentada en su falda, inclinada sobre los renglones del cuaderno descubriendo los inicios de la escritura.

Él me prepara para vivir.

Encuentra similitudes entre su lenguaje y el mío para poder explicarme mejor las cosas. La letra "a" se parece a tal objeto. La letra "b" a tal otro. Ésta letra que parece tan difícil casi no se usa. Pero se parece a esto. Recuerdo que el 2 se parece a un patito. El 1 es un palito. El 4 una silla al revés. Tengo muchos cuadernos donde escribo todo lo que mi papá me enseña. Siempre al llegar del trabajo, o de visita cuando se escapa de su otra familia, tiene ese gesto de amor. Yo aprendo rápido.

También es un gesto que deja afuera de nuestro vínculo a mi mamá. Por única vez tenemos un

espacio que no necesita intermediarios. Eso no sucederá nunca más entre nosotros.

La escritura nace de ese momento. El deseo de escribir encuentra que soy fértil, que soy una hembra viable para incubarlo, pone sus huevos y yo lo cargo dentro de mí como una madre.

Ahora se presenta la oportunidad de escribir ese momento, el del origen de mi escritura. Es la imagen de un padre con su cría, ocupándose de ella, protegiéndola del analfabetismo, del no saber leer –que debe ser de las cosas más tristes del mundo–. Cuando comienzo el jardín de infantes no es necesario que las maestras me enseñen a leer y escribir, yo llego a la escuela con un privilegio: mi papá se ocupó de enseñarme antes.

Partimos de ése gesto de amor y terminamos muy lejos el uno del otro. Yo acabo por ser todo lo que mi papá nunca hubiera querido para un hijo. Una vez que aprendo a leer y a escribir, ese recuerdo se borra bajo las ruinas que deja la violencia, el alcoholismo, la indiferencia y la soledad que experimento desde que nazco hasta que me voy de mi casa, a los 18 años. Entiendo que ese conocimiento de nuestro cariño, allá en mi infancia, es una revancha para nuestra historia. Saber que

estuvimos tan cerca, afanados en algo tan hermoso como aprender a escribir mi nombre en un papel, me causa una felicidad que no puedo soportar. Como decía Borges, siempre exageramos las felicidades perdidas.

Ahora que la escritura me ofrece su espacio para hablar sobre esto, digo que fue un regalo, que mis papás me dieron la escritura. Otro padre le regala a su hijo una pelota, un animal, un televisor en su cuarto, pero él me regaló la posibilidad de escribir.

No sé si dimensionó alguna vez que eso podía acabar en el hecho de tener un hijo escritor. No sé cuánta ingenuidad hubo en su enseñanza. También digo que para un padre no debe existir cosa más horrible que tener un hijo escritor. Ese oficio inútil e inexplicable que un hijo elige para sí, como destino, en las narices de sus padres, echándoles a la cara la costumbre de la soledad, del distanciamiento. No, no es tan sólo la decepción que un padre experimenta al ver que su hijo no se convierte en una versión mejorada de él mismo, es todo el prejuicio alrededor de un escritor, que al fin y al cabo es el mismo prejuicio que existe sobre una travesti. No creo que mi

papá haya pensado ni por un segundo que me daba la llave de la escritura. Una hija travesti, escritora, un monstruo de ese tamaño, retorcido de sí mismo, prisionero del mundo, siempre proclive a caer en pozos cada vez más hondos, un animal plañidero, solitario, siempre con ganas de rebelarse hasta contra los vientos a favor. Hay que tener una templanza de oro para ser padres de sujetos así, como yo.

En este sentido, compadezco a mis padres.

Mi papá nos había llevado a vivir a mi mamá y a mí a un pueblo llamado Los Sauces. En aquel entonces la perspectiva de vivir en un pueblo como ese era deprimente. Hoy también lo es. Hasta entonces, habíamos vivido mi mamá y yo en el garaje de la casa de mi abuela, en una ciudad medianamente grande como Córdoba. Y de repente, mi papá había vuelto a buscarnos después de estar desaparecido muchos meses y nos había llevado hasta allá, a un pueblo clavado entre San Marcos Sierras y Cruz del Eje, lejos de todo lo que conocíamos, con mil infortunios a los que acostumbrarnos. Vivir en el campo, tan lejos del cine, tan lejos de las librerías, de las heladerías, del centro, de los otros. Vivir sin luz eléctrica, sin

agua corriente, sin los ruidos de la ciudad que quiebran el silencio, sin amistades, con toda esa naturaleza reinando a nuestro alrededor y nosotras, mi mamá y yo, con miedo de todo. De los murciélagos, de los aullidos que nunca habíamos oído antes, de la proximidad del monte lleno de promesas y peligros.

Mi papá ponía trampas a los gatos del monte y los zorros que nos mataban las gallinas, y aun así dormíamos cada noche con miedo de ser comidas por el mundo salvaje que nos rodeaba. En las trampas nunca cayeron ni los gatos del monte ni los zorros, pero sí una nutria. Una nutria a la que bautizamos Coca y que se quedó con nosotros, como una mascota. Creció, engordó, se curó de su pata lastimada por la trampa y luego volvió a su reino de nutrias en el arroyo. Ese arroyo que pasaba justo por nuestro patio, nunca algo más hermoso que el berro de su orilla.

Las víboras venían a cambiar su piel en la galería de la casa.

Los techos eran de madera y los murciélagos anidaban como dueños y señores sobre nuestras cabezas.

Las vinchucas se paseaban sobre nuestras ropas.

Y mi mamá estaba muy triste.

Tenía 27 años.

Ahora que lo pienso, nadie con 27 años debería aceptar ser parte de un abandono tan feroz. Pero ella lo aceptó, aceptó el abandono de mi papá, aceptó ser abandonada y ahí estábamos.

Esa vida duró dos años nada más, pero en esos dos años yo sentí cómo comenzaba a abrirse en mí la herida de vivir, con muchísimo vigor.

Esto que escribo es para andar un rato con los pies untados en sal sobre esa herida.

Llega a mí en forma de cuentos infantiles. Uno más importante que otro. Son muchísimos. Cada vez que se presenta la ocasión mi mamá me regala un libro de cuentos infantiles. Conozco todos los clásicos. Ella se acuesta a mi lado y los lee. Con su uña larga y pintada de rojo, con el esmalte saltado de tanto lavar ropa, de tanto lavar platos, de tanto limpiar la casa y cocinar, me señala lo que va leyendo. Así la lectura se mete en mi cabeza, sin aviso, sin decirlo. Es imposible disociar el aprendizaje de la lectura sin esa uña de esmalte saltado que va recorriendo palabra por palabra. ¿Y por qué una letra es distinta a otra? ¿Y por qué esta letra "a" es distinta de esa letra

"a"? Ella todo lo explica. Cuando no hay dinero para libros, inventa el cuento del gatito blanco que desobedeció a su madre y los basureros lo confundieron con una bolsa blanca de basura. Su madre tiene que rescatarlo del basurero. El gato se llama Moñito.

Un día mi mamá hace una apuesta mayor y me regala una biblia para niños. Un libro enorme y pesado con las letras muy grandes y unos dibujos maravillosos. Usa el mismo método para leérmela. Se acuesta a mi lado y con su dedo va señalando cada palabra que me lee. Así terminamos el libro en poco tiempo. Yo admiro a Jesús por su templanza y su bondad. Tengo cinco años. Vivimos en Los Sauces y todo parece lejano. Nos han olvidado todos, incluso mi papá.

Tan lejos estamos con mi mamá que nos acostumbramos a ser dos campesinas. Ella se entretiene leyendo historietas y novelas rosas que le presta la vecina. Como no tenemos luz, leemos con velas. Podemos pasarnos horas leyendo una al lado de la otra.

Un día sucede. Es un día milagroso para las dos. Ella está lavando ropa, en la galería del caserón de piedra y adobe en la que sobrevivimos.

Yo estoy al fondo de la galería entretenida con la biblia de los niños leída una y otra vez por mi mamá, para mí, y de repente abro la boca y empiezan a correr las palabras. Lo hago en voz alta, como todos los niños que aprenden a leer, con muchísima torpeza, como los primeros pasos. Leo sin saberlo. Simplemente sigo mi cuerpo. Mi mamá se da vuelta sorprendida como si hubiera visto un fantasma. Desde lejos, encima de los fuentones, con sus guantes de goma todavía puestos me pregunta qué estoy haciendo. La miro, sin poder responderle. ¿Estás leyendo?, me pregunta. Pero yo no puedo afirmar ni negar. No sé lo que estoy haciendo. ¿Estás leyendo, hijo? Me pregunta otra vez y se me acerca, espía sobre mi hombro y me pide que continúe lo que estoy haciendo. ¡Estás leyendo! Grita. Me besa, me alza, se emociona. ¡Estás leyendo!, vuelve a gritar.

Es, posiblemente, uno de los días más felices e inesperados de nuestra vida. Contra toda la soledad y la tristeza de vivir en ese pueblo, donde el único entretenimiento es sentarse a mirar los autos pasar por la ruta, en ese pueblo donde nos hemos tenido que anclar solas las dos, en ese pueblo donde todo llega tarde, donde no tenemos luz eléctrica, ni gas,

ni esperanza de nada, ahí resultó que sin quererlo, sin sospecharlo siquiera, mi mamá me enseñó a leer. Y yo aprendí. Entonces se pone muy feliz y me dice: Ahora vas a poder leer vos solito, no vas a necesitar que yo te lea. Yo lo vivo como una gran pérdida pero ella inmediatamente se afana en darme todas sus historietas para que yo las lea: *Patoruzú*, *Patoruzito*, *Capicúa*, *Popeye*, todas sus historietas para que siga practicando.

Mi mamá es una mujer muy joven en ese entonces y es la mujer más hermosa que conozco.

La lectura, finalmente, nos separa. Yo me encierro en mi cuarto para leer tranquila y mi único mundo conocido, el de mi familia, el de mis padres, el mundo de ese pueblo inhóspito, deja de interesarme por completo. La violencia y la pasión de mis padres dejan de ser parte de mi atención. El mundo es amable ahí, leyendo en mi cama. Encuentro un refugio que es lo que más busco a esa edad. Un refugio. Y sobre todo encuentro que existe un poder en el ejercicio de la lectura. El poder del goce de la soledad. No estoy interesada en otra cosa. Inmediatamente después, como una consecuencia inevitable, llega la práctica de la escritura.

Si la lectura me exime de la vida familiar en la medida que se me perdona todo por ser tan aplicada con los libros, la escritura me encuentra conmigo misma. En la escuela comienzan las narraciones y me dicen que tengo talento para eso. Envían notas a mis viejos elogiando mis composiciones. No tengo conciencia, en aquel momento, de que soy yo la que escribe. Lo entiendo mucho después, pero el momento de incandescencia es ahí, en la escritura.

Una tarde, ahí en Los Sauces, llenas de aburrimiento, salimos con mi mamá a robar naranjas.

Íbamos caminando por el medio de la ruta que unía un pueblo con otro. Nos acompañaba una vecina a la que llamábamos Mimí. Los únicos vecinos con los que interactuábamos eran Mimí y sus padres: don Lalo y doña Carmen. A mí me gustaba esa familia: a veces iba a su casa y me dejaban ver televisión hasta que mi mamá iba a buscarme cuando caía la tarde.

Pero ese día en que fuimos a robar naranjas yo fui quebrada para siempre. La protección que me mantenía a una prudente distancia del conocimiento del daño se rompió y me dejó expuesta,

visible a los ojos del dolor, que desde entonces ha sido un amigo íntimo.

Íbamos caminando por el medio de la ruta y yo me quedé atrás. Mi mamá y su amiga quisieron hablar de algo que yo no debía escuchar. Tomé distancia de ellas. Entretenida con nada. Y entonces levanté la vista y las vi caminar delante de mí por una ruta desierta, dispuestas a meterse a un campo saltando alambrados, para robar naranjas. Y el cielo estaba gris, de ese color de Semana Santa, ese color de domingo de resurrección cuando todo se pone lloroso y de una inexplicable melancolía. Y me quedé quieta un segundo y pude identificar que eso que se movía dentro mío, de un lado a otro, era la tristeza. Le puse un nombre a esa sensación: estoy triste, me dije. Pero no era cualquier tristeza: era comprender por qué mi mamá estaba así, triste, en ese pueblo. Fue un momento de compasión, de un niño de seis años compadeciéndose por su madre. Compasión de ese deseo de escapar de cualquier modo al aburrimiento y la separación de su esposo que, otra vez, se había ido. De ese deseo de cometer una travesura como robar naranjas, cometer un error. Arruinarlo todo.

Ese fue mi gran eureka. Una tristeza capaz de ser reconocida, dicha, ubicada dentro mío, ubicada desde ese día y para siempre en sitios posibles de ser encontrada.

Creo que no me había gustado la idea de ir a robar naranjas y ver a mi mamá recortada en esos paisajes que no la merecían.

Yo digo, primero la escritura, luego la tristeza. Y es una victoria sobre este designio de mi familia que nunca aceptó su pobreza: yo primero supe escribir y luego aprendí a estar triste.

Que mi mamá haya sido la primera persona en el mundo que me oyó leer nos une en un pacto de ternura. La imagen de la ternura. El recuerdo de su asombro frente a mi aprendizaje.

De manera que mi papá me enseñó a escribir y mi mamá a leer. Me llevaron a la vera de un bosque y me dejaron sola ahí, esperando que entre y me pierda para siempre.

Al poco tiempo nos mudamos a Cruz del Eje y mi mamá me compró cuatro novelas para que me entretuviera, porque no teníamos televisión. *Colmillo Blanco* y *Jerry de Las Islas*, de Jack London, *El libro de la selva* de Rudyard Kipling y *Bajo las lilas* de Louise M. Alcott. Cuando me

canso de leerlas, ella continúa leyéndolas en voz alta para mí.

Escribo directamente inspirada en lo que leo. Imito esos paisajes, esos tonos, invento niños ferales criados por animales, escribo poemas de amor a mis maestras, a mis padres, y así, como si nada, salvo mi vida. Salvo mi tristeza. Me hago un mundo para mí sola.

Es como si con la llegada de la lectura y la escritura me hubiera llegado también el talento para mentir, para inventar, para exagerar y para ocultar. Descubro que tengo un poder. El poder de mentir y ser creíble. Mi primera gran mentira es que soy millonaria. Les digo eso a todos mis compañeritos del colegio. Les oculto la pobreza en que vivimos y ellos me creen. Una compañera, sin saber por qué, me sigue la corriente y da fe de todas mis mentiras.

Un día me descompongo en el colegio y mi mamá tiene que ir a buscarme. Cuando entra al aula mis compañeros le preguntan si son ciertas las mansiones, las limusinas, las mucamas y los mayordomos, los tigres en las jaulas, los monos en las ramas, y mi mamá se ríe y dice que no. ¿Qué otra cosa podría haber dicho? Sólo recuerdo

que no mintió por mí a pesar de las mentiras que ella me obligaba a decir a mí. Yo ya estaba acostumbrada a mentir por ella y por mi papá. Acostumbrada a escamotear ciertos detalles de la vida del uno y del otro, a pedido de ellos. Esto no se lo digas a tu madre, esto no se lo digas a tu padre. Sus infidelidades y desaciertos tengo que aprender a ocultarlas o mentirlos. Con tantos secretos, era claro que sólo podía terminar escribiendo.

Luego también descubro que me gusta mucho un vecino al que le decían El Pequeño. Un ladroncito de juguetes rubio que me volvía loca de amor. Al parecer él también se volvía loco de amor por mí. Aprovechábamos cada juego para manosearnos y desnudarnos y perdernos en el monte a decirnos palabras de amor, a ser la mamá y el papá, a fantasear con tener hijos. Eso no impide que robe mis juguetes. Mi mamá sospecha algo y me prohíbe que juegue con él. Entonces yo le escribo cartas como si hubiera nacido para eso, para escribir cartas de amor, para escribir melodrama.

Escribo para que una historia se sepa.

La historia de mi travestismo, de mi familia, de mi tristeza en la niñez, de toda esa tristeza prematura que fue mi familia, el alcoholismo de mi papá, las carencias de mi mamá. Las mudanzas que me apartaban para siempre de los amigos, del clima de mis habitaciones, de la costumbre de los patios, de la seguridad de un escondite. Escribo para poder decir las imágenes que poblaron mi infancia. Los paisajes del campo donde comprendí que existía la tristeza, el momento en que tomé la tristeza de mi mamá y la volví mía, ese momento en que siendo muy niño decidí dolerme por la tristeza de mi mamá.

También para decir la lucha de mi familia en contra de la pobreza, una pelea que nos devastó y nos enfermó de rencores y desamor e indiferencia, todos contra todos.

Estaba ahí la necesidad de llenarnos con algo, de no permitirnos el vacío de la pobreza, el silencio de la miseria. Siempre en pos de tener algo, como una súplica al dios de la ambición. Vulgares a más no poder, llenando con chucherías las paredes de nuestros cuartos, con estampitas de santos y de vírgenes, con cortinas de mal

gusto que venían a tapar las paredes descascaradas, las manchas de crayones sobre la pintura, los ojos de esas paredes pobres que nos miraban.

Nunca aprendimos a vivir en paz esa pobreza que nos tocaba. No podía ser de otra forma. Habitar tranquilamente esa pobreza hubiera significado preguntarnos cosas, sentarnos a mirarnos con nuestra soledad.

Permitimos que la locura nos ocupe por completo con tal de resistir la pobreza.

Esa pelea contra la nada es lo que trato de escribir para que no continúe reproduciéndose. Pienso que la literatura pone en evidencia lo inútil de nuestra lucha, equivocada para siempre de enemigo.

Mis bisabuelos, mis abuelos y mis papás pensaron que todo era culpa de la pobreza. Yo estoy segura que no existía enemigo en la pobreza, que el enemigo siempre fue la idea del trabajo y el sacrificio. Los únicos enemigos fuimos nosotros, nuestras herencias, nuestras tradiciones, nuestra vocación de servidumbre, nuestra rebeldía reprimida. Por lo general, el enemigo siempre tiene nombre y apellido y la batalla está ganada cuando logramos liberarnos de ese enemigo. Ya sea

porque lo anulamos, lo matamos o encontramos un enemigo mejor.

Escribir sobre eso es mi manera de ubicar todas las vidas que me preceden en un punto concreto de la historia. Me involucro con la vejez del mundo.

Para mi familia no debe haber existido profesión más inútil que la de la escritura. Escribir no da dinero, no compra autos, no construye casas, no se va de vacaciones, escribir no es más que perder el tiempo, lo único que se tiene. La pérdida.

Me dieron ese regalo, me enseñaron a leer y a escribir, pero siempre consideraron que era un pasatiempo y nada más. No admitían que exista un cansancio en la escritura, incluso un dar más allá de las fuerzas a lo que se escribe como ellos lo hicieron con sus patrones. Para ellos, escribir no producía nada. Era un acto de vagancia. Lomos vírgenes. Así decía mi papá: los escritores son lomos vírgenes.

Escribir fue mi renuncia a todo lo que él consideraba productivo.

Ando siempre en mi ronda infantil, dando círculos dentro de mí. Tengo otra edad cuando escribo. Soy una niña travesti perversa y atribulada.

Soy la niña que se escapa de sus padres y termina en los brazos de la literatura. O que por fin se acuna a sí misma cuando escribe.

En una de las tantas separaciones que atravesaron, mi mamá guardó las cosas de mi papá en unas cajas gigantes de cartón y las dejó en un rincón de la casa para que él pasara a llevárselas. Cuando mi mamá dormía la siesta yo iba a hurgar las cosas de mi papá, aturdida por el vicio de la curiosidad, el saludable vicio de la curiosidad. Así descubrí otro perfil de mis padres. Así comencé a mirarlos distinto.

Había en unos sobres de papel madera un gran número de cartas de amor, casi se diría poemas, que mi papá le había escrito a mi mamá. Frente a la potencia de algunos sentimientos como el amor o el odio, ellos elegían comunicarse por carta. Se decían lo que no se dirían jamás a la cara, mirándose a los ojos, porque habían sido criados para decir siempre que sí a la exigencia del mundo, decirle sí, dar de sí mismos hasta la última gota aunque no quisieran. Entonces el hecho de escribirse cartas vino a ser como una ciudad construida encima de las ruinas de una guerra, como un refugio. Había un tráfico de

emociones hechas en silencio, aplastadas al punto de entrar en lo más fino de un papel. Escritas con errores de ortografía imperdonables.

Mi mamá, entre las cartas de mi papá, había expulsado las suyas. Había puesto entre las cartas que mi papá le había escrito todas las cartas que ella le había escrito a él. Como si esas cartas no le pertenecieran. Le regaló sus cartas.

En esas cajas de cartón que auguraban separaciones definitivas estaba toda la literatura de mis viejos.

Mientras tanto yo seguía escribiendo. En cuarto grado me leen un poema de Lorca: *La rosa mutábile*. Me enseñan lo que es una metáfora.

Yo estoy frente a la poesía como frente a una película maravillosa. Quiero ser yo la que escribe ese poema sobre la rosa que envejece en un día.

Comienzo a escribir poemas más largos, quiero escribir como una adulta.

De ese año recuerdo lo feliz que era cuando me ponían shorts debajo del guardapolvo porque yo fingía que era una pollera. Pelo corto, negro, muy lacio. Escribiendo poemas para parecerme a Lorca.

Más atrás. Mi abuela paterna escribía poemas a los santos como si escribiera poemas de amor. Estaba enamorada de esas estatuas de yeso que acompañaron su viudez. Les escribía poemas breves en cualquier papelito que encontrara sobre la mesa. En un rapto de inspiración agradecía e imploraba con poemas que luego guardaba en un costurero.

Ella no les decía poemas. Ella decía que eran oraciones a los santos. Yo le discutía que eran poemas y ella me decía que blasfemaba. Que a una oración sagrada no se le puede decir poesía.

Murió creyendo que escribía palabras santas cuando en realidad todo lo que hizo fue escribir terrenal y puerca poesía.

Mis bisabuelos maternos eran analfabetos, no sabían leer ni escribir. Sabían criar hijos para dárselos al patrón para mano de obra. Sabían levantar y sostener la fortuna del patrón. Sabían callar frente al ruido del dinero ajeno. Sabían cocinar, llevar niños en brazos, sabían levantar paredes, sembrar y cosechar, amar la tierra para que diera frutos, sabían hablar con los pájaros y los perros, sabían preocuparse cuando la rutina se rompía, sabían ser amables y rezar, contar el

dinero que siempre se iba de las manos, pero no sabían leer ni escribir. Firmaban con una cruz. Sin embargo, imprimen sobre mi mamá ese roído manto de glamour digno de ser contado. Su orfandad, su belleza, los sueños que se dejaron a mitad del camino, hay que ver lo pesados que se vuelven sobre la marcha los sueños de una mujer como mi mamá, que aún cree que puede llenar algo conmigo. Llenar todo ese vacío de ternura que fue también su herencia con una hija travesti que se separó para siempre de ella cuando aprendió a leer y escribir.

En este sentido la escritura siempre es un trabajo preciso. Nos convertimos en orfebres, como Aureliano Buendía frente a sus pescaditos de oro. Nos hundimos ahí, navegamos en ese mar de aceite donde todos los recuerdos nadan, donde hemos precisado un nombre y una emoción para cada momento importante de nuestra vida, al que llegamos siempre como al nacer, desnudos, indefensos y llenos de miedo. Escribir es como pasarle un filtro a esos recuerdos que son buscados en la memoria. La escritura es esa materia pesada del recuerdo que no puede cruzar el tamiz de nuestra memoria. También es esa parte de la memoria que puede ser mentida, juzgada, engrandecida, traicionada y maldecida. Eso que no se filtra es lo que está dispuesto a ser escrito. Lo demás está muy lejos de nosotros.

Un día me enfermé y no teníamos dinero para comprar libros. Mi mamá se preocupa porque tengo que hacer reposo y no tengo nada para leer. Una vecina le avisa: en el barrio hay una mujer que tiene una biblioteca y deja que los niños vayan a hacer sus tareas de la escuela a su casa, para que usen los libros. Mi mamá va hasta su casa y le pregunta si es posible asociarse a su biblioteca, le explica que estoy enferma y que soy una regia lectora. Ella le presta un libro de Alberto Moravia. Así comienza mi amistad con Elba Merlo de Fuentes, mi amiga sectagenaria de la adolescencia, la vía por la cual llegaron a mi vida los escritores más grandes de todos los tiempos.

Salía del colegio y me iba a su casa, y ahí nos quedábamos hablando sobre lo leído, sobre lo escrito. Ella le escribía poemas al valle. Era miembro de la familia fundadora del pueblo y se lo tomaba muy en serio. Usaba sombreros

de paja adornados con flores. Cultivaba rosas lilas en su jardín. Los muebles de su biblioteca eran de madera oscura y lustrosa, las tapas de sus libros eran de cuero, se desarmaba frente a las ediciones en papel de arroz, se fabricaba su propio licor de mandarinas y me lo convidaba como una travesura. Vieja chamana dándole licor a su discípula. Todo era pecaminoso, nuestra amistad, nuestra complicidad ciega, el tráfico de libros, la edición de *Las Mil y Una Noches*, con grabados pornográficos y el erotismo. Como escritora, soy también esa amistad, ese adolescente gay con su bruja ya mayor, queriéndose como una abuela y una nieta. Unidas por la palabra.

Mi papá no la quería. Decía que yo vivía en su casa, que perdía mi tiempo, que había mucho trabajo que hacer, que siempre el trabajo es lo primero, que me llenaba la cabeza de ideas comunistas, que no podía ser.

Pero lo fue y fue una complicidad más que cualquier otra cosa.

Fue mi mentora. Me alentó a escribir, me alentó a leer. Me distinguió entre los demás y me hizo su amiga.

Tengo de ella *Ceremonia secreta*, de Marco Denevi. Cuando me agarra la "Soseada", como le digo yo, tomo el libro y lo pongo en la mesa de luz y me imagino que ella está conmigo.

Alguien tiene fe en una, finalmente, y una escribe.

Mi primer acto oficial de travestismo no fue salir a la calle vestida de mujer con todas las de la ley. Mi primer acto de travestismo fue a través de la escritura.

Había empezado el colegio secundario y estaba enamorada del profesor de gimnasia. Perdida y confundida, sin poder contarle a nadie mi mejor secreto, decidí ponerme a escribir. Di a luz a un alter ego con el nombre más obvio que se me pudo ocurrir: Soledad. Soledad era yo misma como protagonista de una novela espantosa en la que me enamoraba de un profesor de la secundaria, y en la que citaba algunas particularidades de mis compañeros de escuela. La escribí a mano, con tinta azul y en hojas de cuaderno. Esa novela, donde por primera vez hablaba de mí como de una mujer, no tuvo final. Apenas llegué a dos o tres capítulos bastante extensos que di a leer a la persona más cercana que tenía en ese momento,

a la primera persona a la que le había confesado mi "homosexualidad", una de las primeras amigas que tuve, de esas con las que se comparten los primeros secretos de nuestra vida y nuestra infelicidad, sobre todo.

La novela me dejaba bien parada como una sexy adolescente sin remilgos a la hora de la sexualidad. Lo único que recuerdo con precisión era el momento en el que mi amado profesor de gimnasia me secuestraba para llevarme a vivir a la montaña, para hacer el amor como una pareja de lobos sin responsabilidades.

Por supuesto, haber confesado aquellas fantasías no fue buena idea. Mi amiga le mostró la novela a sus padres. Dizque preocupada por mi enfermedad, es decir mi homosexualidad, los padres se la mostraron a la directora del colegio, la directora del colegio al profesor de gimnasia objeto de mis amores, y luego me llamaron para decirme que no era buena idea andar contando por ahí que era homosexual, y mucho menos escribir una historia como esa.

El profesor de gimnasia me volvió invisible, mis compañeros empezaron a rechazarme abiertamente y desde la dirección del colegio amenazaron con contarle todo a mis padres, pues ya no era sólo una sospecha mi mariconería. Me quedé sin amigos.

Desde entonces todo se volvió cuesta arriba, por aquel acto de travestismo literario toda mi vida se torció, aunque sea injusto decir que fue por la escritura. Pero las pruebas estaban escritas y yo no quise desmentirlas. Fue por una traición, por una traición que aceleró algunos tiempos. Lo bueno es que a mis trece años, además de escribir una pequeña novelita rosa en el tono de Corín Tellado, también me hice consciente de las mieles de la venganza. Mi ex amiga traicionera tuvo que mudarse de colegio, argumentando que le hacía la vida imposible constantemente. Y no lo niego, le hice todas las maldades que pude hasta que se cambió de colegio. Ese dolor que ella me causó también tuvo su costo, es decir que ambas pagamos por nuestras decisiones.

La literatura también fue un arma de venganza. Yo escribía panfletos anónimos contando todos los secretos que ella me había confiado a mí.

Después de ser descubierta frente a todos como una travesti precoz, decidí no ocultarme más, salvo a los ojos de mis viejos. Vinieron otras amigas, otras complicidades, como Jésica, la amiga

más íntima de mi adolescencia. Con ella mantuve una correspondencia diaria durante dos meses en los que fui castigada por travesti.

"Castigada por travesti" es un título fantástico para un cuento.

Un verano, cuando todavía no había cumplido los dieciséis años, mi papá llegó temprano del trabajo y me encontró en el comedor de la casa poniéndome una pollera que yo misma me había cosido, usando el forro de terciopelo de un almohadón.

"¡Pero la puta!", dijo y salió de la casa.

Otras veces que me había descubierto en los mismos asuntos había sido violento, se me había tirado encima y me había sacado las polleras a cintazos, como a él le gustaba decir. Pero en ese momento, a los dieciséis años, él guarda una cortesía conmigo: no me pega, cierra la puerta y deja que me cambie sin que él me vea. Pienso que toma conciencia de mi humanidad, de mi intimidad, parece sentir un poco de vergüenza por haberme visto tal y como era: una travesti de dieciséis años que no quería obedecer. Que quería salirse de las reglas de su gobierno, del gobierno de mi papá y de sus padres y de los padres de sus padres que son también la razón de la escritura.

Después de descubrirme con la pollerita puesta, decide que no puedo salir más de mi casa. Mi amiga Jésica se preocupa porque desaparezco de repente, viene a casa y espera a que mis papás se vayan para hablar conmigo. Espera un largo rato hasta que mis papás salen en el auto al centro del pueblo. Entonces golpea la puerta y nos encontramos. Le cuento todo y nos proponemos escribirnos una carta por día.

Y lo hacemos.

Al releer algunas, entiendo que esa inocencia fue perdida. La inocencia de la literatura como arma de comunicación. Escribir con tanta claridad, decir las cosas tan sencillamente, contarse lo que pasa día a día en la habitación donde estoy encerrada y de la que salgo sólo para cumplir con las tareas "de hombre" que mi papá me exige. Algunos detalles de esa filosofía ya no pueden ser escritos como entonces. Ya no escribo así, pero admito que tampoco lo extraño. Puedo imitar esa voz, la voz inocente con que escribí las primeras palabras de mi escritura, y eso se parece bastante a una segunda inocencia. Una segunda oportunidad de inocencia.

Creí durante muchos años que escribía a partir del horror. Que el horror lo sustentaba todo, incluso la escritura. Las palabras brotaban del horror como agua de una vertiente. Por esta necesidad de ponerlo por escrito, esa infancia, esa adolescencia complicada como lo son todas las adolescencias del mundo, durante mucho tiempo el horror dio razones a las palabras. Era inconcebible escribir sobre o desde la felicidad. Y de repente apareció el psicoanálisis y eso cambió, y comenzaron a salir los buenos recuerdos que exigían sus propias palabras, su propio lugar en la hoja, y entonces la escritura se hizo ancha como una playa en Brasil y se llenó de color y de perfumes. Llorar de alegría es como llover con sol.

La palabra sufrimiento, en la inspiración, lo ocupaba todo. Sus dominios se extendían desde la infancia hasta la muerte. Era imposible escribir sobre otra cosa que no fuera el sufrimiento. A veces, cuando aparecía un chispazo de amor, podía distraerme un poco, pero es sabido que el amor trae también el sufrimiento escondido entre las ropas. Como un mal actor, el sufrimiento robaba mi atención sin ética, sin vergüenza.

Hace poco me dijeron: la síntesis es lo contrario al análisis. La escritura es analítica en tanto que desmenuza con mayor precisión determinados acontecimientos. En análisis, abrí las ventanas y di lugar a otras perspectivas para mirar esos hechos que escribo. El sufrimiento, que nunca puede ser disipado del todo, por lo menos fue distraído. Esos otros ojos con que miro mi vida han cambiado la escritura por completo. Diría que hay un antes y un después del psicoanálisis. Apareció un mundo nuevo que escribir. La aparición de la luz de color, le digo yo. La comprensión de la felicidad, la comprensión del amor, de la existencia del amor en determinados gestos, como la fiebre de mi mamá por comprarme libros para leer o la de mi papá enseñándome a escribir. Eso ha modificado la escritura casi como una muerte. La muerte del protagonismo del sufrimiento. En mí y en lo que escribo.

Es probable que la inspiración esté ligada a una imposibilidad. A la palabra "no". Que todo nazca de ese imposible.

Me alejé de los demás, de las personas que me rodeaban inevitablemente en la escuela, en los clubes. Diría que me alejé de todos, que fueron

muchísimos durante toda mi vida, los personajes de los que me mantuve distante. Me fui de una vida sociable, amistosa, la vida heterosexual y levemente gay de aquel entonces, me fui de todo eso, renuncié. El hecho de haber renunciado a ellos muy joven, decidir no ser más hija de nadie, amiga de nadie, sin un documento que me pruebe como ciudadana, me liga a un abismo enorme, al silencio de las cosas que dan vida a la escritura, por otro lado. Imaginen un adolescente despuntando al mundo, que elige renunciar a la vida familiar y lo hace desde todos los flancos, renuncia en todos los puntos cardinales, en todas las dependencias y a todas las costumbres. Elige esa imposibilidad, esa renuncia. Y el deseo se sostiene en la escritura. Así era yo en ese entonces. Enferma de rebeldía. Mirando siempre hacia dentro. Enamorada de lo imposible.

Si no hubiera escrito, entonces es muy posible que mi vida hubiera sido un infierno. Me hubiera suicidado harta de ser invisible, incluso para mí. Me hubiera matado sin la escritura, aunque más no sea para llamar la atención, por estúpida, por hacerlo demasiado bien. Por matarme bien. Fantaseaba que me encontraban muerta en un altar como una virgen trans latina después de dejar el

gas abierto. Recostada sobre la mística. Sin la escritura, no existía posibilidad de vivir.

Voy detrás de las sensaciones fijadas después de esa renuncia. Escribo así, nadando en una fuente llena de sensaciones, de imágenes que dictan su propio retrato. Allí, en esa fuente estoy yo.

Escribo recuerdos, como el de mi papá enseñándome a leer y escribir con una mecánica perfecta.

Todo recuerdo espera ser escrito. Una vive su vida con ánimo de escribir. Pero, en ese sentido, la escritura va muy por detrás de la memoria, es imposible alcanzar la velocidad de la memoria y mucho más alcanzarla mientras se escribe. Los pensamientos son veloces, demasiado veloces para este oficio que sigue teniendo el tiempo de una letra detrás de otra, una palabra dando la mano a otra, el ritmo de una mujer cansada. Una se sienta a escribir y entra en ese tiempo lento que nunca alcanza el paradero de la memoria.

La memoria sustenta a la escritura. Escribir es escribir recuerdos.

Para escribir, voy detrás de esos recuerdos, incluso de sueños y expectativas que no son otra cosa más que recuerdos. Escribo a partir de mí y para mí. Eventualmente me comparto, comparto

lo que escribo, pero eso no quiere decir que yo me abra al mundo, sino que traigo a los visitantes a mi intimidad. Prefiero que el lector entre en mí a ir a buscar al lector. No podría hacerlo, soy ese tipo de escritora que se parece a un cuenco. No salgo a la calle ni a las personas ni a las reuniones. Los invito a viajar dentro de mí y es así desde que aprendí a hablar y comenzó a andar la memoria.

Podría decir que hay dos clases de escritores, los que escriben fantasías y los que escriben recuerdos. Yo me encuentro entre éstos últimos.

Siempre se trata de mí.

Ya existe todo lo que puedo escribir, mi trabajo es robarle a la memoria una impresión, un daguerrotipo. Robarle al pasado un pedacito de muro y escribirlo.

Me siento frente a la computadora y es como iniciar un viaje. A veces ese viaje no sirve más que para no escribir, nada se extrae de algunas expediciones. Escribo y borro, como antes escribía y tiraba a la basura lo escrito. Eso es tan lindo. Tan lindo es destruir lo escrito porque una tiene la sensación de estar destruyéndose a sí misma. Yo le digo un viaje inútil, lo que está en la cabeza y no puede ser escrito. La vida que no se escribe.

Mi travestismo es como un ancestro de la inspiración. Como una tía buena a quien recurrir a la hora de la angustia. Incluso cuando era niño y no podía decir nada sobre mi deseo, incluso en los juegos donde me vestía con la ropa de mi mamá y me pintaba la cara a escondidas en mi habitación, en la siesta, cuando mis papás descansaban, el travestismo ya estaba ahí determinando lo que vendría a ser después el carácter de mis palabras. De hecho escribí y me travestí durante mucho tiempo a puertas cerradas. Mi papá y mi mamá siempre supieron lo que hacía en mi encierro voluntario, pero eso fue lo que nos salvó de asesinarnos unos a otros. Mi secreto, el de escribir y ser travesti, los expulsó de mi mundo y me salvó de su odio. El deseo de ser travesti, callado durante tantos años, vivido como un "salirse de la vaina" perpetuo, la decisión de dejar atrás los privilegios de ser un varón y convertirme en una paria travesti, me mantuvieron viva y prolífica. Escribiéndome la vida que quería vivir en novelas guarras donde las protagonistas cogían en el barro con sus amantes, donde las heroínas eran siempre amadas por sus padres. Y sucedió a la par de la vocación, el ejercicio de escribir novelas inútiles, plagadas de

un erotismo prematuro, quemadas en un arranque de odio a mí misma. Sucedieron así, como un apéndice el uno de la otra.

Mi mujer prohibida, mi romance conmigo misma en esa prohibición, dieron paso a la mujer que soy ahora, a esta mujer escritora en la que me he nacido. Ser travesti es la hermana de la escritura en ese viaje de renuncia que presenté frente a mis padres. La escritura y el travestismo son las armas con las que me adentré a vivir como una huérfana. ¡Ay!, huérfana como lo fue mi madre.

A ese sufrimiento de ser prohibida no sólo por mi familia sino por el mundo casi en su totalidad, luego le sumé el goce de ser travesti. La fiesta de ser travesti. La fiesta de ser mujer. Una amiga con la que nos fogueamos en la juventud en los avatares de la prostitución siempre repetía la misma letanía: Ser travesti es una fiesta.

Sí amiga. Claro que sí. La fiesta de la inspiración, del deslumbramiento, justo como la escritura, una celebración secreta y llena de placeres que se dicen en voz baja, siguiendo la palabra como perros a una perra en celo, en un acoso constante, un ruego sin pausa, continuamente agitados, como en ciertas fiestas donde sucede el trance con la música.

La escritura es un saber y ser travesti tiene un significado de orden espiritual que sustenta ese saber. Algo significó en mi vida ser una travesti muy joven en un pueblo muy pequeño. Comenzar a vivir como travesti en Mina Clavero, que en ese entonces, en mis quince años, contaba con cinco mil habitantes. Cinco mil huéspedes de ese infierno grande.

Incluso cuando ya nada de eso tiene sentido, cuando he olvidado a los que me hicieron daño, cuando las agresiones ya no tienen rostros que las ejecuten, es preciso decir esa aventura, para que se sepa. Estoy en esta parte de la historia en que las travestis recuperamos la voz y es necesario usarla. Volver a usarla. Decir el precio que se puso a mi libertad y mi deseo y que yo pagué con lo que tuve a mano: mi cuerpo.

También decir la crueldad con que fui tratada y también el amor y la ternura que fueron dados como compensación a todo.

Aspiro a escribir como hablo o hablar como escribo. Que la belleza de la palabra sea compartida, equilibrada, tanto en el habla como en la literatura. No diferenciar el tono, ni el uso de ningún recurso en esta práctica.

Por eso me gusta tanto Roberto Bolaño, porque cuando lo leo siento que lo escucho hablarme.

Ese ejercicio de no distanciarme nunca de la palabra hablada es quizás la única técnica que posea. Seguramente lo hacen muchos escritores y no he descubierto la pólvora, pero qué hermosura, qué lindo es oír a una persona que habla como escribe y escribe como habla.

Esto es también el aprendizaje que deja escribir para el teatro. Escribir la palabra para ser dicha. La palabra como un arma de seducción y supervivencia. Haber estado obligada a negociar con la palabra mi precio, mi libertad, mis espacios habitables. Haber usado la palabra como un símbolo de inteligencia.

Lo que no es escrito busca hacer nido en alguna parte. A veces el derrumbe por su peso es tal que se muere de eso: de lo que hemos elegido callar.

También creo que escribir y hablar implican un goce particular, que el goce de hablar no es igual al goce de escribir. Un goce a su manera, con las particularidades y privaciones del caso. Prefiero lo dicho a lo escrito. En una charla, en el encuentro con el otro, en eso que uno pone a jugar con los demás, la astucia de la comunicación, la concesión

del lenguaje... en eso estamos con plenitud, en el impulso de la lengua por vaciar nuestra cabeza, en el drenaje que activa el lenguaje con el otro.

Besos divinos.

Los escritores que más me gustan son los que se ponen a charlar.

Un poema es un animal muy difícil de cazar. Todo intento de acercamiento sólo lo espanta y huye. Se transparenta a voluntad, se diluye y desaparece frente a nuestros ojos. Parece que lo tenemos, pensamos que puede poseerse, pero frente a la posibilidad de escribirlo sólo quedan tambaleando unas pocas palabras.

Un día pasé frente a una funeraria y sentí muy cerca la existencia de un poema. Los deudos estaban en la vereda fumando, hablando del clima, de las cuentas por pagar. Algunos tenían en los ojos rastros de haber llorado. Pero se habían organizado fuera del velorio para poder hablar de nada, de lo corriente que es la vida y alejarse del hecho fatal de tener que pensar en la muerte, en todo lo que hay que resolver delante de la muerte. Como no tenía con qué escribir en ese momento, escribí una nota en mi teléfono celular.

Esto había funcionado alguna vez en un viaje, frente a la belleza del mar Báltico. Esa vez había anotado las primeras palabras del poema en el teléfono celular, como las guías con lápiz que hacen los pintores sobre la tela para luego comenzar a pintar. Pero esta vez, al volver a casa e intentar escribir a partir de esas palabras, el poema se extinguió. Fue como tirarlo al fuego.

Creía que existía un método para la poesía. Pero lo cierto es que la poesía no admite técnicas ni métodos. Busca el vacío. De esa sensación de impotencia, de invalidez frente a lo absurdo de escribir un poema, extraigo un aprendizaje. No se llega al poema sabiendo algo, se entra en él completamente ignorante y se sale de él más ignorante aún. Y sólo contamos con dos apoyos: el de la distancia en el tiempo y la corrección.

Ciertos sucesos, el amor, el sufrimiento, un mal recuerdo, una dicha, hacen que el poema se acerque, que pasee cerca nuestro. Es preciso saber que está cerca, que anda por ahí y esperar el momento oportuno para atraerlo a nuestra trampa.

Pero hay un protocolo, algo así como una ceremonia que llama al duende. El rito de abrirse a la ceguera, a la negritud. Estar dispuestos a eso.

Si algo en esa ceremonia, que es privada y única para cada escritor, es quebrado, entonces es posible que terminemos por enfermar lo que escribimos. La búsqueda de esa ceremonia nos hace conocer nuestras limitaciones frente a lo escrito, saber qué necesitamos a la hora de escribir, qué rituales nos dejan permeables al duende. Esto es casi tan importante como aprender a escribir y afianzar un estilo.

Mis rituales sólo acuerdan con una cosa: la necesidad de escribir.

Tengo este libro escrito en la cabeza, las oraciones suceden una detrás de otra, las palabras hablan sobre la literatura, hay párrafos enteros escritos en la cabeza y sin embargo, por una razón que desconozco, no puedo escribir. Hoy ha muerto una amiga y sólo pienso en escribir sobre ella. Sobre lo que recuerdo de ella. Escribir nuestro primer encuentro que fue una entrevista.

Estoy furiosa porque necesito terminar este libro. Ya está escrito todo en mi cabeza. Y sin embargo, me siento a escribir y escribo sobre Maite. Sobre la muerte de Maite.

Un amigo me dice que tengo que darme más silencio. Yo no le hago caso. Intentar

escribir en silencio es como intentar escribir en medio de un naufragio.

Para escribir sólo me basta escucharme a mí misma retumbando dentro de mi cabeza. Al fin y al cabo sólo se trata de escuchar. Escuchar al mundo andar. El silencio es una mentira. Una cabeza nunca está en silencio. Se habla del silencio del mundo, si es posible que eso exista, como de una condición para la escritura.

Hay poetas que huyen de las personas, de las ciudades y los automóviles para lograr un ambiente más propicio para la lectura y la escritura. Parece como si poco a poco el silencio empujara las palabras para ser escritas.

No es mi caso: no soy así. Escribo mejor en el ruido, en la música, en el tránsito, escribo mejor en las colas de los bancos, en la espera de los hospitales, en los aeropuertos. En cualquier situación en que la atención peligre. Ese es mi mundo mejor. El ruido de afuera convive con el ruido de mi cabeza. Yo creo que es por eso que escribo tan mal.

Sobre este punto, siempre que digo esto, que soy una pésima escritora, alguien refuta. Alguien dice no. Mal no. O también se preguntan para quién está mal. Para mí, por supuesto, escribo

mal y eso no me lo perdono. Creo que nunca me leería a mí misma. A veces vuelvo sobre viejos escritos y me soy insoportable. No me aguanto, no puedo sostener una lectura de mí misma. Las correcciones son una tortura, volver a leerme, no entenderme, preguntarme qué quise decir aquí, qué quise decir con semejante cosa, no soy capaz de hacer un uso correcto de las preposiciones. Una total analfabeta del oficio.

No debe existir maldición peor sobre una escritora que la que hace que deteste todo lo que escribe.

El problema con la literatura es siempre con una misma. Una es el problema de la literatura. Escribir nunca es tan placentero como leer. Lo bueno es que el mundo está lleno de libros para leer. En cambio, la vida de una persona es muy corta para acercarse siquiera a esa idea de infinitud. Nunca podremos escribir tanto como podremos leer.

Lo peor de esta situación en que me encuentro, mientras escribo este libro, desencontrada con mis propias palabras, desencontrada con el amor, con el teatro, con todos los santos vínculos que me rodean, es que sigo creyendo que no soy una individua fuera de lo escrito o de lo actuado. No

puedo ser otra cosa más que actriz y, con muchísimo respeto, poeta. No sé ser otra, no sé vivir en ese mundo que miro desde aquí, desde la silla desvencijada donde escribo o desde los escenarios y teatros donde ensayo y actúo.

Entiendo que soy mejor así: como escritora y como actriz. Como persona no valgo ni el peso de mi pelo seco en moneda nacional. Pero aquí o en un escenario, y en todos los instantes que concluyen en un poema escrito o en un aplauso en el teatro, es cuando soy todo lo que me gustaría ser en la vida.

También sobre este punto la gente adora decir no. La gente ama decirme que no, que estoy equivocada.

Dicen que esto no es real, que la vida es lo que sucede en la calle. Se valora mucho la calle. Pero créanme mis amigues que conozco la calle, conozco la piel, conozco el amor, conozco a los demás y sin embargo la experimentación de la felicidad y la tristeza en la literatura y el teatro son reales. Es físicamente real. Real como estas letras una detrás de la otra, real como el sahumerio que se quema sobre la mesa, real como el día helado que convoca mi visita a la escritura.

Aquí es fácil ser, decir, soportar e incluso destruir la belleza y el horror.

Aquí es donde la angustia es extraída de nuestro pecho.

Se dice que James Joyce se curó la psicosis escribiendo. Puede que un poco haya tenido que ver su terapeuta, el mismísimo Lacan. Qué decir. Se habita una esperanza inútil en los umbrales de la literatura, la de poder curarse a una misma de todas las enfermedades de la vida. Pero hay que ser muy brillante, hay que ser James Joyce para que eso pase. Mientras tanto, al menos, se agradece el refugio y la posibilidad de mentir sin que nadie te juzgue. Y yo soy una mentirosa empedernida.

Aquí o en el teatro, nadie sería capaz de maldecir una mentira. Tanta verdad acumulada, tanta necesidad de verdad que cargamos sobre los hombros y, finalmente, pagamos, compramos libros, entradas en los teatros, gastamos dinero para ser engañados.

Al escribir y también al actuar, una perdona. Se ofrece algo al mundo, con la incertidumbre de no saber por qué, para quién y si algo de eso hecho puede ser útil para los demás. Se sabe que

nunca podrán poetas ni actrices ser útiles a ningún orden, a ningún uso doméstico. No se nos precisa en la cadena, somos apenas las portadoras de la magia. Y la magia no siempre es bienvenida.

Al ser una actriz trans que comenzó su carrera ya adulta, comprendo que no se han escrito personajes para mí. Que hay que ser de determinada manera para tener un lugar en obras de teatro o películas o series de televisión. Esas maneras incluyen muy poco a las travestis.

Frente a la discriminación de los medios de producción del teatro, el cine y la televisión, que todavía no cayeron en el tercer milenio, decidí escribirme mi carrera como actriz. Escribir las mujeres que quería interpretar. Eventualmente, aparece algo que otro ha escrito y considera que puedo ponerlo en escena. Ese encuentro es maravilloso pero no es frecuente. Al menos no tiene la frecuencia como para poder ser sustentable.

Por lo demás, la única que puede darse ese espacio soy yo. No voy a sentarme a esperar que el mundo cambie, porque si se abandona por un momento este hecho, este viaje inútil, entonces terminás haciendo cualquier cosa menos seguir viviendo.

Me dije: escribite todo lo que quieras, todos los personajes que quieras. Dales palabras y luego actualos. Ese doble juego de dar vida a lo que he escrito es parecido a los aciertos en la crianza de los hijos, supongo. Como cuando nuestros padres celebran que hayamos aprendido algo de lo que nos enseñaron. Actuar personajes que imaginé para ser representados es mi mayor logro como dramaturga. Un logro que no se dilucida en el campo de la escritura sino en un escenario.

He sido madre de Tita Merello, de Frida Kahlo, de Billie Holiday, de La Difunta Correa. He sido feliz.

La escritura y el teatro mantienen una amistad estrecha y cariñosa. Hay corrientes que restan importancia a esta amistad. Actores que reniegan de la palabra escrita, hacedores que dicen que la palabra en el teatro no importa. Que los sentidos que nacen del lenguaje hablado y del teatro escrito van en sentido opuesto al acontecimiento teatral. También escucho a menudo que leer obras de teatro es imposible, que son imposibles las lecturas con didascalias. Que leer teatro es aburrido.

Leer a Tennessee Williams. Como amonestación y apología de muchos pecados, leer a Tennessee

Williams, leer sus escenarios, sus mujeres, sus monólogos, una y otra vez. Leer teatro es maravilloso.

De todo lo escrito hay una literatura, una poética. La literatura del teatro, por ejemplo, la excusa más maravillosa para escribir monólogos, para ocasionar el drama. La literatura de las cartas de amor, la literatura de los telegramas, la literatura de las redes sociales, la literatura de las cartas de despido.

No puedo pensar en un teatro sin literatura. Mi teatro, el teatro que me atraviesa, está herido de muerte por la literatura.

A veces sucede al revés: se escribe la palabra dicha. Y no hablo de los escritores que han dictado sus libros a sus secretarias. Hablo de registrar lo dicho en un papel. Se transcribe una conferencia, como esa maravilla de Borges hablando sobre el budismo. A veces se transcribe una entrevista. Vuelve a aparecer mi amiga muerta escribiendo mis respuestas, las respuestas a sus preguntas por demás inteligentes. Y se traviste a la palabra dicha de palabra escrita. Esa literatura es un travestismo de la palabra a la inversa. Esa obligación de transcribir así, sin la posibilidad de la corrección que ofrece la palabra escrita, esa imposición de ser lo más fiel posible a su madre, es también literatura.

Hay un tiempo frente a una palabra, o muchas, no importa, donde nada pasa. Una está detenida frente a una idea escrita y esa idea, a pesar de ser escrita, no tiene sentido. Es un momento de mucha intimidad, un tiempo de meditación. Eso que está allí con un cuerpo, ocupando un espacio, siendo ya parte de lo escrito, busca nuestra comprensión. Entonces es mejor permanecer en ese lugar donde no se puede corregir, ni mejorar, ni limpiar, ni escindir, pero tampoco puede borrarse esa frase sin sentido que es necesario volver a escribir. Se vuelve a escribir y se libera una parte de su sentido y se vuelve a escribir o reescribir, se tacha y se escribe por encima y el sentido finalmente se manifiesta, como un espíritu, se anuncia con dos golpes para decir sí, un golpe para decir no. Ay, ese momento en que la escritora se encuentra con lo que ha nacido de esa lengua de la que somos aparentemente ignorantes. El sentido de lo incomprensible es huérfano. Una se entrega a esa pérdida tan sólo para no pensar en nada. También es la pérdida de la orientación, es estar en sueños un par de horas, comulgando con nuestras criaturas, haciendo de la inutilidad nuestra mejor aliada.

Y ante todo, es la pérdida de la noción de una misma, el cambio de piel, la juventud perdida de nuestra escritura. La escritura anulando a la escritura. La escritura pareciéndose a recibos de sueldo, a planillas llenadas por alguien que no nos conoce. La escritura como enemiga de sí misma pero también de nosotras, las escritoras, que somos al fin y al cabo la escritura.

Como son las actrices el cine y el teatro.

A veces releo escritos que van quedando en el fondo de la computadora, mails de hace muchos años, poemas dirigidos a amores que ya no existen y es imposible no notar una pérdida en el estilo. Y me atrevo a decir algo peligroso: extraño la escritura de ese estilo. Las falencias, los espacios borroneados, el entrar al terreno de la escritura sin saber nada y negarme a aprender nada. Abusar de los adjetivos, de los gerundios, decir obviedades, relamerse en la tristeza, hundirse en el dolor escrito y extraer de esa confusión unas horas más de vida. Un poco más de tiempo para seguir escribiendo.

Ya no escribo así, con esa voz joven que decía todo lo que quería con simpleza. Tal vez soy mejor corrigiendo, advierto algunos excesos, de un párrafo entero puedo exprimir apenas una oración, soy

capaz de suavizar algunas violencias del lenguaje. Pero esa inocencia con la que decía cosas tan terribles de mis veinte años, de mis dieciocho años, la prostitución, el rechazo de las personas al verme caminar en la calle, todo eso, se perdió.

Hasta hoy, no sé si me sucedieron esas vidas para que las escriba o yo las sucedí para poder escribirlas.

Queda todavía una inocencia que sostiene al mundo pendiendo de un hilo:

Siempre es el deseo cada vez. Siempre es un deseo que se escribe. Un pedido de amor, en el sentido más estricto del término.

La gente que me lee, algunos amigos, algunos lectores desconocidos, a menudo me agradecen que convierta hechos aparentemente terribles de mi vida en literatura. Pero yo no creo que los hechos puedan convertirse en literatura. Se escriben, son hechos escritos. Pero son hechos. Quedan ahí, siempre disponibles para nuestros afanes de exorcismos, nuestras fiebres catárticas, pero no. Nada de eso. Escribir no salva del hecho.

Sobre lo que pasó se pueden escribir biblias eternas, que los viejos traumas no se superan. Por lo general, yo los refuerzo.

Pero la escritura también puede provocar unos movimientos maravillosos, tener consecuencias sobre la realidad, de esas que provocan una felicidad muy cierta, como algún novio que escribía notitas y me las dejaba pegadas en la heladera recordándome tomar los medicamentos a tal hora y algún mensaje encriptado para que pensara en él. Bueno, de eso también está hecha la literatura. De querer ser amados.

Marguerite Duras dirá que la soledad es necesaria para la escritura, que todo escritor debe estar solo, construir su soledad. En este punto acuerdan muchos de los escritores que conozco. Afirman que la creación es un hecho solitario. Estamos solos frente a la escritura, frente al amor (¡qué solos estamos frente al amor!), frente a la belleza. Todo intento por transferir ese estado de soledad es lo que nos vuelve seres afectuosos y afectivos.

Sin embargo, una vez que la palabra llega, ya no me siento sola. Me siento sola con el pensamiento, en determinados rituales que llaman a la palabra. Pero luego comienzo a poblar las hojas de compañía. Traigo a mis ancestros, a mis hermanos, a mis amigos, a todos los fantasmas que me extraen de la angustia. A veces traigo también a los muchos amantes con los que me he encontrado en la noche, ojo con ojo, para amarnos y desaparecer. Entonces la soledad deja de ser tal.

También están los duendes, esos duendes de los que hablaba Lorca, ahí, acompañándonos, riéndose de nosotros o clavándonos más honda la espina para que lo escrito sea poderoso.

Existe una comunión. ¿Cómo negarla? Cómo no decir que junto a nosotros también están los que nos inspiran, los que nos ayudan, los maestros que escribieron antes que nosotros y que nosotros leemos buscando un bastón, un apoyo frente a lo inasible de escribir. Y están los lectores. No. No estoy sola cuando escribo. Alguien también corrige y comete los actos de puntuación. Sugiere con el rigor de una demanda descartar frases, párrafos enteros, adjetivos, idas y vueltas, dimes y diretes, la parte vulgar de la escritura. Un editor que no te deja sola en el proceso es parte de la compañía. Es parte de la amistad, de la comunión, de la búsqueda del otro.

La soledad no es privilegio de poetas y escritores, no se está más solo siendo escritor de lo

que puede estarse en todos los actos de comunión de nuestra raza.

Algunas cosas en mi vida comienzan a *ser* después de ser escritas. Por ejemplo, el amor. Es increíble cómo el sistema es siempre el mismo. Puedo sentir cierta confusión o desazón respecto a un vínculo, entonces escribo y el amor se revela en las palabras y me doy cuenta que era de esa magnitud el estado de incertidumbre, tan parecido al amor. Un deseo se dice más fácilmente de lo que se escribe. Escribir un deseo es un acto de confirmación.

Tengo pocos argumentos, pero puedo citarlos. Los contratos de venta, los acuerdos, las partidas de nacimiento, los matrimonios, los testamentos, todos son escritos. Cobran un valor al ser escritos y firmados. Por esa razón yo no quería editar mi primer libro de poemas. No quería dejar por escrito y fijado en papel algo de lo que posiblemente me arrepentiría. Algo a lo que las personas podrían volver cada vez. Como quien recurre al original de un contrato y dice: éste fue nuestro acuerdo, a esto me comprometí, a esto te comprometiste.

En el Corán se dice: "Está escrito".

También se dice: "A las palabras se las lleva el viento".

En ese sentido, creo que escribir se parece mucho a hacer una promesa.

Escribir supone un acto de constricción. Un detenimiento en el ritmo del mundo. Se razona para escribir. Así como el texto va detrás de la memoria, del mismo modo el razonamiento se encadena a la escritura. Como cuando se sueña y se tiene la impresión de que una voz antigua, nuestra, pero tan antigua que parece más sabia y ajena, nos quiere decir algo sobre nosotros mismos y entonces lo escribimos. Vamos con ese sueño escrito a nuestro psicoanalista, con ese sueño escrito inmediatamente después de ser soñado.

La crueldad de lo que se escribe nunca será alcanzada por la crueldad de lo que se dice. Sobre lo dicho no hay pruebas más que la fe y la confianza. Sobre lo escrito no caben refutaciones.

Las excusas no se escriben.

Escribir implica una rebeldía porque escribir supone la reflexión. Y la reflexión es inadmisible en tiempos de producción. Conlleva una pausa, un volver a los recuerdos, volver a una misma.

Por supuesto que la espontaneidad es un privilegio de la palabra dicha. Lo que se escribe difícilmente es espontáneo. Pero estamos hechos de pérdidas. Como escritora, a las cosas determinantes de mi mundo prefiero escribirlas.

Para que sean, por ejemplo, el amor, la felicidad, la amargura, antes que decirlo, antes que gritarlas, primero las escribo. Es el poder profético de la escritura.

Estoy convencida del error. Hay un error en lo que escribo. No puedo decir cuál es pero sé que está. El error se ha vuelto invisible a los ojos pero está. Es lo que me hace dudar de mi escritura. Es lo que me dice que nada está resuelto.

Ese error que se convirtió en estilo es lo que salva a lo que escribo de las miradas extranjeras, las miradas que nada saben, que intentan ponerle valor a la escritura de una persona. Que dicen: esto es poesía, esto no es poesía. Esto es mierda, esto no lo es. Esto se escribe dentro de este movimiento. Esto no. Esta frase es mierda, otra vez.

Creo que no maduro mi escritura por el miedo que me causa ese juicio sobre algo tan íntimo que decido mostrar.

El mismo juicio que me atemoriza de mis padres. Porque al fin y al cabo, la literatura nunca ha dejado de ser el padre y la madre: Ocupada por esas dos presencias que fueron escritas una y otra vez hasta el cansancio. Son todo lo que fue fijado. Es monumental su presencia en la literatura. Son como piedra caliza. El carácter de lo que se escribe, tan como ellos. Los más dañinos y los más capaces de dar amor.

Por momentos estoy irreconciliable como mi mamá, no me encuentro en nada, los espejos me agreden, siento que me falta todo, que soy la mujer más frágil y miserable del mundo, escribo en un pantano donde brotan mis más horribles criaturas. Lo que escribo se pone así, como mi mamá empastillada después de una pelea con su esposo, entregada a la miseria, a la falta de respeto sobre ella misma, a la falta.

Y por momentos siento la determinación de mi papá sobre el mundo que lo rodeaba. Y así como lo vi poner de pie los muros de su propia casa, yo también decido sobre la literatura. Decido cometer el error de escribir. Yerro, escribo mal, digo mal las cosas, conjugo mal, repito hasta el cansancio, abuso del pretérito pluscuamperfecto

y me enorgullezco de eso como se enorgullece mi papá de su ignorancia, de su falta de tacto, de su ignorancia total sobre los "buenos modales".

Escribo así, tan alcohólicas son mis palabras como lo fue mi papá y tan desamparadas e insaciables como lo fue mi mamá.

Por lo demás, la literatura no ha escrito ninguna solución a los daños de mi vida. Sólo imprimió una virtud en mí, un sentido poético con que mirar las cosas.

Mi papá y mi mamá son todo lo que he escrito en mi vida. Mi escritura es la tercera pieza de ese amor de mis padres que vino tan complicado al mundo. Desde siempre, desde que la clase de una familia es determinada por el sistema, se fabrican a nuestra medida esos amores destinados a doler. Porque así se escribió, así lo escribieron los poetas romanos y aún no podemos deshacernos de ello. Así, desde la muerte de mi abuela materna, muerta a manos de su esposo y la amante de su esposo, obligada a practicarse un aborto clandestino con un palo de perejil, muerta de fiebre, infectada por dentro de esa clase de pobreza donde el amor propio es aún más rechazado que el amor por los demás. Desde la muerte de mi abuelo paterno,

aplastado por una cantera que se derrumbó sobre su cuerpo de minero, que terminó por caer como la violencia misma del cuerpo de mi abuelo, que castigó con tal crueldad a sus hijos, entre ellos a mi papá, ahí, ahí en ese nudo está la raíz de la escritura.

Sólo es eso: un rastreo del dolor a través de las palabras. Por supuesto que en esa travesía aparece eventualmente la dicha, que viene a recordarle a la escritura su verdadera naturaleza: la oposición. Siempre estaremos oponiéndonos en la escritura. Siempre tendremos un enemigo, una contracara. Siempre habrá algo o alguien que oponga su naturaleza a la nuestra.

Un millón de cartas escritas a mis padres, tratando de explicar también mi naturaleza, tratando de decirles que el dolor de vivir era tan grande que necesitaba seguir a mi deseo donde sea que fuera, incluso a la muerte, incluso al sufrimiento. Decirles que mi naturaleza no era ofensiva. Hablar con ellos por carta como ellos lo hicieron durante muchos años, para decirse lo que no podían de otra manera. Con cartas.

El de la escritura parecía ser un lenguaje que permitía decirlo todo, que no admitía la ofensa, que podía atravesar un muro de piedra, el de estar sepa-

rados desde siempre, los tres en mi familia, cada uno con su dolor en nuestra clase de pobreza.

Pero no.

Años de intentar comunicarles a través de las letras que estaba ahí sola entre ellos dos y el pasado que carcomía el presente con su omnipotencia. Años de letras puestas sobre un papel para decirles que yo estaba ahí, que era necesario ser vista y ser querida.

Así como fui separada de ellos para siempre por el veneno de querer escribir, así también retorno a ellos a través de ese veneno. En consecuencia, permanezco, a esta hora, en este sitio de la casa, mirando el cielo cambiar de color, llenarse de nubes con una tristeza que se hace gigantesca, y se hace insoportable saber que la razón de todo está en escribir.

Esas primeras imágenes del mundo que fueron mi familia, durante un período en el que no supe escribir y luego en el período en que tampoco sabía que eso podía escribirse, son las que sustentan esta relación con la escritura. Esta relación poco elegante que tengo con ella.

A veces las imágenes presionan de tal forma sobre la escritura que parecen romperla. Algunos recuerdos toman forma después de ser escritos. Todo lo vivido como testigo de esa relación que tuvieron mis padres se vuelve demasiado poderoso en la memoria. Dominan y aturden a la inspiración. El color sin brillo de los muebles, la juventud de mi mamá sin vocación, el cigarrillo que lo ocupa todo, el olor a humo que lo impregna todo, la repetición de la limpieza, hasta el cansancio, como si contra la mugre, el dolor y el mundo que se le cae a uno encima como polvo, no hubiera otro remedio más que repetir los rituales que a ciegas encontramos para llenarnos de algo. El sexo de los dos que llenaba todo el sonido de la noche, que era vergonzoso y caliente y que incomodaba y hería mi intimidad, mi ignorancia y mi concentración. El alcoholismo de mi papá puesto antes que nada en la vida. Incluso antes, mucho antes de lo único que me causa placer: leer y escribir.

Allí debajo están nuestros padres para comernos, para dejarnos en el espacio vacío de ternura, vacío de cuidados, animales aún sin posibilidad de defendernos, sin posibilidad de poder responder a los golpes, sin posibilidad de morder sin ser

castigados, también sin lugar ni tiempo para ser nosotros mismos. Ahí están para recordarnos que sólo hemos venido a cumplir con un designio que no nos atañe. Ocupar un lugar que no nos importa. Estar obligados a dar una razón que no poseemos ni estamos interesados en poseer. Siempre ceñidos frente al deseo de nuestros padres que ven en nosotros toda la crueldad de la historia sobre sus hombros, menos a sus hijos. Como esclavos elaborando respuestas, dando respuesta a cada interrogante de la naturaleza. Pero teniendo poco espacio para ser hijos.

El sentido de escribir es aún más fuerte y terrible que el del amor. Escribir puede destruir el hecho de amar. Tiene el poder de torcerlo todo, de tomar lo más blando o lo más leve y convertirlo en un metal pesado. Hacer la escritura es un goce mucho mayor que hacer el amor. Y sin embargo, una se inclina al amor para huir de la literatura y se encuentra cada vez más inmersa en ella. El amor y la belleza son cosas agotadoras. Siempre encuentran su modo de autodestruirse, de implosionar y destrozarse a sí mismos porque no son soportables. No somos capaces de resistir el amor. En cambio, en la literatura la inmortalidad

es un juego de mocosos. Es de los primeros juegos a los que se juega en la escritura, la inmortalidad. Qué maravilla. Me pregunto cuánto terreno tiene comprado la muerte en lo que se escribe. Intuyo que muy poco.

Un amor así, como el que acontece en este momento, sólo está escrito. Y eso lo vuelve inmortal.

La literatura a veces profetiza, procura los encuentros, estimula el deseo de otros sobre mí misma, oficia como acto de amor y entonces es una bendición ser escritora.

El hombre sentado en su silla de rey
arrancaba con los dientes jirones de carne
del hueso de una costilla.
Tiene la boca grasienta.
En la mesa un sifón de soda y una botella de vino,
un vaso que tiene los bordes grasientos.
Un perro cachorro duerme al fondo del cuarto
y algunas moscas sobrevuelan su sueño.
La radio sintonizada en la voz de Mario Pereyra.
Un pan duro se desmorona sobre la mesa
y el hombre continúa arrancando la carne del hueso.
Tocan la puerta.
Quién es, pregunta el hombre.

Somos los dolores que causaste, las tristezas que provocaste.
Aquí estamos para hacer cuentas.
El hombre se levanta tirando sobre la mesa
el repasador con que se limpia la boca.
Cualquiera diría que es un hombre valiente,
o se amedrenta frente a la voz del destino.
Somos los animales que mataste,
las lágrimas que provocaste,
las consecuencias que no importaron,
las personas que no quisiste dignamente.
Somos nosotros, los dolores de tus hijos,
los dolores de tus mujeres,
los malos recuerdos que cincelaste,
las ruinas sagradas sobre las que escupiste.
El hombre abre la puerta y los deja pasar,
les pide disculpas por los pocos muebles.
Y se excusa: hace mucho tiempo
se ha olvidado de todos ellos.
Ahí se sienta a mirarlos,
últimamente cada vez más seguido,
cada día, cada noche,
se acuesta a mirar la obra de su daño.
Piensa en eso y a veces se lo olvida.
Su hija lo viene a visitar y lo cubre de besos.
El cachorro salta y engorda,

la carne se desprende del hueso.
Y la cama es cómoda.

Pienso en la clase de escritora que me gustaría ser y que, por otro lado, sé que no soy. Que no soy ni de lejos la escritora que quisiera ser. Pero me hago una idea ejemplar de esa mujer. La mujer perfecta de la literatura, para mí, tiene tres partes iguales de Wislawa Szymborska, Carson McCuller y Marguerite Duras, y una chispa de la suspicacia de Truman Capote. Así.

La primera en llegar a mi vida de estas mujeres que cito es Marguerite Duras. Yo atravieso la parte más confusa de mi historia. Soy prostituta, me emborracho todas las noches, estoy inmersa en la violencia de una vida excluida, me siento muy mal conmigo misma y tengo una historia de amor con un escritor que me tortura con su indiferencia. No puedo renunciar a él y mucho menos a su indiferencia. Un día, en la universidad, alguien lee el final de *El amante*. Aquello de que ella deja el teléfono sobre el escritorio y él la escucha llorar en la habitación contigua. Se cuela dentro de mí y se queda para siempre. Esa misma tarde le robo a un cliente 50 pesos del bolsillo de su

pantalón y voy corriendo a comprar ese libro. Y luego de ese libro me comprendo mejor a mí misma. Todas las que nos hemos arriesgado al deseo somos hijas de Marguerite Duras.

Comprendo que es una vida extraordinaria y que lo que ella escribe está a la altura de su historia. Comprendo también que la vocación de la escritura es fatal, que puede perderse todo por escribir, incluso el amor propio.

Me fascino con sus frases cortas, con sus puntos y apartes, las pocas pausas en su escritura. Me deleito con su estilo y me dejo influenciar por completo.

Entiendo con ella también que la literatura está dictaminada enteramente por la infancia. Que escribimos dictados por el niño o la niña que fuimos, que el mundo nos sorprende y nos duele y nos agrada en la infancia y todo lo demás es reprimir el dolor, creer que nos agradan desde el comienzo las mismas cosas y construir fantasías que nos auguren certezas, para dejar de sorprendernos.

Marguerite Duras es, además de la primera, la escritora más terrible que he leído. La más cruel en el sentido artaudiano del término. No se guarda nada, habla sobre su vida y su deseo con

tal honestidad que me digo a mí misma que para escribir es necesario dejar los secretos y dejar la carne en los libros que escribo o de lo contrario dedicarse a otra cosa, a mendigar, a robar.

También entiendo que la complejidad puede escribirse, Marguerite Duras escribe la complejidad mejor que nadie, escribe *El amor* que posiblemente sea uno de los libros que más me ha costado leer. Y al que siempre vuelvo. No es necesario que el lector se lleve la parte más fácil. Aprendo algo sagrado: la lectura es de las cosas más complejas que existen. No es un recreo, no es un pasatiempo, no es un vicio lúdico, no es placentero, no nos hace más fácil el mundo. Leer (y leer a la Duras, más que nada) es una actividad agotadora y dañina. Como el amor, nada nos puede causar más daño y tampoco más felicidad.

Wisława Szymborska llega a mí un poco tarde. Escucho sus poemas en un programa nocturno que conduce Jorge Marzetti, por Radio Nacional. Lo primero que escucho de ella es *El cielo*. El poema concluye con esta frase maravillosa: "mis señas particulares son el éxtasis y la desesperación". Comienzo a buscar sus poemas en internet y encuentro a la mujer más piadosa, sencilla y dulce

que pudo haber dado la poesía. Wislawa no sólo es parte de esa mujer que elucubro como la escritora perfecta, es una flor que sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial. Leyendo sobre ella me llevo un gran aprendizaje, el de no tomarse nunca en serio. El de reírse de nuestras grandes aspiraciones literarias. El de burlarse de nuestra solemnidad y nuestra erudición. Como en Duras, la muerte ha estado siempre tan cerca que ya se convierte en alguien familiar y amable. Tanto así que Wislawa muere dormida, ya muy anciana, en un departamento atiborrado de chucherías. Se lleva el Nobel y en su discurso habla sobre la importancia de no saber en el oficio de escribir. El no saber es lo que nos empuja a seguir escribiendo y a tener mucho trabajo por delante.

Pidiendo perdón, bendiciendo, mirando a la humanidad con ojos de tía amorosa, recordándonos que no todo es muerte y estatuas de sal. Que hay deseos y corazones que brillan en la oscuridad, que para hacer una mesa es necesario talar un árbol. Que nada sucede dos veces. Que todo es pasado. Que las jaulas deben estar vacías. Que el cine es de las mejores cosas que nos han pasado, que el mejor viaje es siempre el de regreso, que es

necesario odiar al odio, que es un alivio no escribir versos, que hay belleza en la destrucción y que las manos pueden escribir *Mein Kampf* o profecías más venturosas. Wislawa como sacerdotisa de la poesía, en su departamento lleno de chucherías, muerta en el sueño, siempre sonriente. Wislawa me recuerda que es necesario el ejercicio de la bondad para poder escribir. Que la escritura es un acto de amor para los hombres.

Carson McCuller llega con un título poderoso: *El corazón es un cazador solitario*. Carson pertenece a un linaje de narradoras capaces de helar la sangre y arruinar la semana. Me desorienta su inteligencia narrativa. Escribió sus libros siendo tan joven y exponiendo una sabiduría tan de anciana, de chamana vieja, que no puedo más que dejarme abatir por ella. Eso me sucede al leerla, un abatimiento, un cansancio profundo que no es físico, sino sentimental. Después de sus libros siempre siento un agotamiento sentimental que no he experimentado con otros escritores. Tal vez con *Las partículas elementales* de Michel Houellebecq o con *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski he concluido una lectura así, sin ganas de nada más. Quién pudiera llevar y traer

así por su propio mundo al lector, quién pudiera pasear así a los lectores dentro de una invención.

A diferencia de Wislawa y Marguerite, Carson murió joven, aguijoneada por la enfermedad. Conoció muy pronto el éxito y también la amargura de ser una escritora elogiada y muy leída. Cierta brutalidad sureña hiere sus novelas y cuentos. A diferencia de la sensibilidad europea, ella nos lastima con sus desenlaces. Nos recuerda lo mucho que un amado desprecia a quien lo ama, describe austeramente cómo una mujer frente a un dolor es capaz de cortarse los pezones con una tijera de podar, compone triángulos amorosos entre un jorobadito, un galán y una mujer gigante. Escribe como nadie la adolescencia con todo su esplendor y su miseria. Carson nos hace amar la vida de sus personajes, y luego nos los quita con la crueldad propia del destino. Mata a sus personajes y es su mayor logro como escritora y también su más grande daño a los lectores.

Carson Mcculler, la sureña más terrible de Estados Unidos, me enseñó que todo está dispuesto para ser escrito, que un escritor toma la revelación de una forma, la sugerencia que le hace el mundo

para que escriba y luego lo vuelve parte de sí mismo. Me gustaría poder contar todas las sugerencias que me hizo el mundo para que escribiera, tal y como ella lo hizo en su vida: matar como ella, urdir como ella, reflexionar como ella y volverme invisible.

No sé si podría hablar en tercera persona como lo hacía Carson.

Y habiendo ya citado la mayor parte de la escritora perfecta que quisiera ser, falta decir que sin la malicia de un niño enamorado y traicionado por su madre como lo fue Truman Capote, posiblemente la escritura no podría llevarse a cabo. Capote es esa cuota de astucia, malicia y traición de la escritura. Truman escribió sobre lo que conocía a fondo. Sus amigas, sus padres, sus tías, su pasado. Truman se erigió como escritor en un mundo homofóbico siendo el homosexual más encantador, irresistible y confiable que sus contemporáneos pudieron conocer. Truman fue irresistible, inexplicablemente, para muchísima gente *very important*. Desde Jackeline Kennedy hasta Marlon Brando, quienes lo conocieron se rindieron a su astucia, lo tomaron como confidente y luego fueron expuestos en sus escritos, ofendidos con

sus palabras, pero también inmortalizados al ser protagonistas de sus historias.

Un amor que duró casi siete años. Un amor vivido en un cuarto de pensión sobre una cama muy vieja que crujía al compás de las respiraciones, atravesado por el odio. Nos conocimos cuando comenzó a popularizarse la idea de los blogs literarios, donde miles de escritores anónimos exhibíamos nuestros escritos. Tenía veintiún años cuando nos conocimos y él veinticinco. Un día nos encontramos leyéndonos el uno al otro y reforzándonos mutuamente nuestro deseo de escribir. A mí me gustaba como escribía él. Estaba tan enojado como yo, tenía tanto para decir sobre algunas cosas que me interesaban y, por supuesto, como todo escritor, estaba lleno de opiniones sobre las mujeres. Opinaba sobre el cuerpo de las mujeres, sobre la actitud de las mujeres, sobre su madre, sobre sus novias, sobre sus amantes, siempre con esa mezcla de devoción ofensiva y una misoginia tan palpable que a veces retorcía de disgusto.

Yo, en ese blog que era mío, llamado *La Novia de Sandro*, apenas relataba experiencias con algunos

clientes en mis épocas de prostituta y algunos poemas de amor que iban variando de dueño.

Un día recibí una notificación de él. Me había escrito un poema. Me lo había dedicado a mí. A mí que nunca me habían escrito más que insultos en la puerta y la ventana de mi casa, me había escrito él, un poema de amor.

Nuestra vida a través de lo que escribíamos era muy distinta a nuestra vida cotidiana. Apenas alguno de los dos hacía una nueva publicación en su blog, ya estaba el otro acompañándolo. Hablando sobre lo que habíamos publicado, diciéndonos las impresiones sobre cierta frase o párrafo, a veces dando una opinión más atrevida sobre la construcción de una oración. A veces me decía que era una pésima escritora pero que tenía mucho por decir. Otras aseguraba que yo era mala escritora porque leía mierda en vez de leer a los buenos. Miraba mi biblioteca humildísima y sacaba los libros y decía: esto es mierda y lo tiraba al piso como si fuera un jarrón que esperaba romper. Quería que leyera a Rousseau, a Kant, a todos los filósofos y sociólogos que él admiraba. A mí esa literatura me parecía aburrídisima. Lo intenté en muchas ocasiones, leer

sus sugerencias, pero no, yo siempre preferí a las escritoras.

Por fuera de la literatura, exentos de los privilegios que nos daba la literatura para comunicarnos, exponernos, acompañarnos y decirnos la ternura, estábamos destruidos. El sexo nos iba matando cada vez, demandaba más de nosotros, se ponía más oscuro a media que pasaban los años. Nos mentíamos, nos maltratábamos, nos asfixiábamos hasta perder el conocimiento. Esa era nuestra vida por fuera de la literatura, de las cartas, de los poemas escritos para el otro, éramos así.

Ese amor se mantuvo vivo muchos años, enfermo, como esos cadáveres en vida que mueren de todo y siguen respirando a través de una máquina. Así fue el amor por ese escritor, un amor en estado vegetativo. Durante muchos años nutrimos la escritura de ese amor que no llegaba a nada.

Carnes Tolendas, la obra de teatro bisagra de mi vida, era una enorme declaración de amor escrita para él. Paradójicamente, él nunca la vio.

Mientras, estábamos ahí, con ese amor tan quieto, tan temeroso que había comenzado a apestar incluso muy poco tiempo después de haber nacido. Pero nosotros estábamos anestesiados

y no sentíamos nada por fuera de ese amor que habíamos encontrado en el sexo, en las horas que me dejaban libres los clientes.

Un día me dio un papel con un poema escrito para mí que terminaba así: "no hay nada que pueda enamorarme tanto como verte dormir con un cuchillo entre las piernas". Ese poema fue nuestro fin. A partir de eso que él escribió para mí yo comencé a desenamorarme. Eso que él confesaba en el poema, estar enamorado de mí, algo que nunca se había dicho, fue su pasaporte al desamor. Y sin embargo sigue siendo la cosa más linda que me han escrito alguna vez. La última frase del poema es mía, la puedo decir y escribir una y otra vez. Es como si la hubiera escrito yo. No estoy segura que haya sido escrita por él. Es posible que todo lo que él me escribió haya salido de mi boca en las horas del amor. Años después él confesaría que había dejado de escribir desde que dejamos de vernos e incluso un tiempo antes. Más precisamente después de ese poema. También es cierto que se casó, que tuvo hijos, que consiguió trabajos que pagaran alquileres y guarderías y salidas los fines de semana con su esposa. Lo intentó muchas veces pero no

pudo volver a escribir. El mundo lo llevó contra su pecho y lo hizo desaparecer entre la multitud.

Y luego de superado ese amor tan dañino, ya no puedo acostarme y gozar con escritores. Me acosté con algunos y siempre resultó fatalmente aburrido. A veces incluso con ellos todavía dentro de mí, con ellos encima abrazándome y besándome con sinceridad, pensaba que en ese momento era mejor morirse de un infarto que estar con un escritor en la cama. Incluso escritores que admiraba, que leía con afecto, verdaderamente guapos, atractivos a los ojos de muchas mujeres, a mí me resultaron tan insípidos como el veganismo. Nunca entendí cómo había mujeres que podían enamorarse de escritores así. Y siempre el tabaco por encima del cuerpo de las amantes, por encima de todo. Un vicio tan cliché, además.

No encuentro sensualidad en los escritores varones. Sí en las mujeres. Una mujer que escribe me resulta erótica de punta a punta. No tiene que ver con la edad, ni con la forma, sino con cierta intención de error, de falibilidad en lo que se hace, cierta manera de burlarse de lo perfecto que tienen las mujeres y que es casi un bien común y del que carecen en su mayoría los hombres.

A veces los intuyo ajenos a todo riesgo, como ese poeta del que me enamoré siendo muy joven. Llenos de miedos, tratando siempre de hacerlo bien, de no cometer errores, de dominar la escritura como han intentado dominarlo todo.

Los escritores homosexuales, ellos sí saben cómo seducir a una chica. Ellos también saben de ese error que existe en lo escrito y lo mucho que cuesta rastrearlo.

En Córdoba, esta ciudad tan pequeña y conservadora, en este círculo tan pequeño de escritores donde corre el chisme y la crítica como el río sucio que nos atraviesa, nada hace que me retraiga más que un evento literario. Esos vasitos de plástico que van de mano en mano y el esmero que ponen los escritores para parecer interesantes a los ojos de las escritoras y las lectoras, esa pretensión de ser interesantes constantemente aun siendo los hombres más remotamente aburridos de la historia, me deprimen.

Dicen: no existen ya los poetas. La poesía ha muerto. No hay poesía en esta ciudad. Así, mientras devoran una pizza en el bar más concurrido de la comarca. Lo dicen con esa misma liviandad con que escriben. Y yo pienso en todos

los escritores y poetas que conozco, aun los que carecen de sensualidad pero igual escriben, a pesar de eso y no lo puedo aceptar. No puedo aceptar que la pulsión por escribir degenere en esos personajes de siempre.

Me los imagino en la penumbra de su cuarto, con la computadora encendida y el documento en blanco, o con una libretita sobre la falda los más románticos, escribiendo llenos de miedo a pesar de lo que dicen, que no existen escritores ya, que la literatura está enferma o a punto de desaparecer.

Qué clase de poeta, qué clase de artista, qué clase de actriz sería si no reclamo esos espacios vacíos donde la claridad se enturbia.

Lo literal ensucia mis manteles, deshonra mis blasones y causa mucho daño. Porque también se puede ser directa con la flecha, también se puede tirar una piedra y pegarle a alguien justo en medio de los ojos y aseguro que tengo buena puntería.

Cazar no me resulta difícil.

Por lo pronto, toda novedad, toda incoherencia, serán siempre bienvenidas. O como se dice por ahí: la obviedad nunca es bien recibida.

Y para ser completamente sincera, los actos que involucran a escritores y poetas tampoco me

sientan del todo bien. Esas reuniones de escritores hablando de otros escritores, derrochando un cinismo que no poseen, revelando resentimientos que los superan, me caen tan mal como una borrachera fuera de control. Es posible que el seudónimo con el que me anunciaba en las páginas donde ofrecía mis servicios de puta instruida sirva también para mi relación con mis colegas, escritores o actores: Travesti Solitaria.

Quisiera también escribir a todas esas travestis que conocí de joven. Todas esas instancias en que fui tocada por el travestismo aún antes de cometerlo. Antes de cambiar de nombre y de piel para siempre. Las travestis de la televisión. El único homosexual del pueblo que fue también mi amigo.

Pero escribirlas a todas, su hermosura, su fealdad, su violencia, sus ropas y las noches que nos ampararon en ese bosque en que nos conocimos. Esa poesía de la prostitución, de las noches acostándome con clientes en las barrancas del parque, escondiéndome de la policía en las canaletas de agua, enamorándome cada noche de un cliente diferente.

Todo lo que las prostitutas ofrecíamos y que quedaba por fuera del acuerdo con el cliente, ese regalo hecho para ellos, todo lo que no entraba en el comercio, los amores repentinos, fugaces, las palabras dichas sin control, todo nuestro pasado que era puesto en juego, todos nuestros deseos, lo que pasaba en nuestro pensamiento cuando estábamos ahí, concretando un negocio, una transacción como esa. Eso también quiero escribirlo.

El odio como un jefe tácito. Una presencia que no se decía y que estaba ahí, también esperando para ser escrito. Ese pasado es razón de escritura.

Escribir sobre esas travestis como las últimas revolucionarias además de los amantes y también como la última bohemia que conocí. Y la última poética que parte de algo tan inesperado como las zonas rojas y una comunidad tan marginada como hemos sido las travestis. Esto es el equilibrio del que hablé antes. Es necesario poner en palabras esa pieza que falta en el inconsciente colectivo. Develarlo, ponerle palabras a eso para que la gente lo lea y lo escuche.

Rescatar de ese viejo blog que me trajo el amor todas esas crónicas de putas y amores y

reescribir toda la historia, esta vez, distanciada para siempre de mi juventud.

Que sea la poesía quien acorte las distancias entre los demás, los otros, y nosotras, las últimas que caminamos solas cuando todo el mundo duerme, cuando los esposos se van de sus casas a cambiar dinero por amor travesti, cuando los niños escapan de sus pesadillas llenas de monstruos y bestias debajo de las camas y los vampiros fuera de las ventanas. Las últimas que ponemos a sonar el taconeo alegre en las zonas donde sólo entran clientes y putas, ese rincón guardado como un secreto a voces donde se exhiben cuerpos hechos a medida, para todos los gustos, para toda clase de deseo. Las últimas resistiendo y haciendo lo que se debe hacer con el propio cuerpo y la identidad.

Las últimas bohemias. Arriesgándonos a todo. A subir a un auto y no saber si bajaremos vivas, entrar a un cuarto y no saber si saldremos ilesas, amar y no ser amadas, desterradas de la familia, de la iglesia, de los pueblos, de las ciudades. Mal miradas, mal amadas, mal queridas, mal tratadas, mal juzgadas, mal dichas, mal escritas.

No me pregunten si es la escritora quien actúa o es la actriz quien escribe. O si es la prostituta la

que hace la tarea y las otras piensan que tienen algún poder sobre estas artes.

Aprendí que lo que debe ser escrito, es escrito. Eso es inevitable. Y lo que no debe ser escrito nunca verá la luz. Digo lo que no debe ser escrito como la escritura estéril, la escritura obligada, lo que no es deseo.

Escribir algo que no debe ser escrito sólo detiene la escritura y, con más ferocidad, detiene la vida. La escritura no puede resolverse, no puede solucionarse. Si no fluye, si no se escribe solo como quien dice, incluso con todos los errores e incertidumbres del deseo, es muy probable que se estanque y comience a oler mal.

Del agua estancada espera peste, decía William Blake.

Y luego están los escritores dándole vueltas a un asunto que no pueden escribir pero que quieren escribir y los consume por dentro. Se enferman, entristecen, dicen que tienen bloqueos, que no baja la inspiración y es muy difícil que la inspiración baje donde será mal recibida.

Nunca pude obligarme a escribir nada. No conozco los bloqueos de escritor de los que tanto se habla. Esa ausencia de la escritura me resulta

algo muy natural, como los períodos de soledad, los períodos en que aparece un gran amante. Lo cierto es que escribo sólo cuando tengo el deseo de hacerlo. A veces pasan meses sin sentarme a escribir nada y de repente una imagen apremia y debe ser escrita y comienza a desenredarse la madeja y todo fluye. No lamento los períodos de no escritura, al contrario, los celebro como los espacios en negro que no puedo explicar en mi vida, como las cosas que no tienen sus palabras todavía, como las emociones inexplicables.

A veces algunos poetas, sobre todo los hombres, sufren si no pueden escribir. Se obligan a escribir incluso sin deseo. Cuentan los días que pasan sin haber escrito como las madres tachan los días previos al alumbramiento o los presos los días que faltan para la libertad. Creo que no hay algo peor para hacerse a uno mismo. Obligarse a producir literatura. Esto va y viene, sin regulación, sin promesas. El bloqueo del escritor no es otra cosa más que ese "no saber" del que hablaba Wislawa Szymborska. Y si no es posible escribir con deseo nunca más, pues no se escribe y ya. Nadie se ha muerto por no escribir. No es una adicción. Si el deseo no está, la escritura no

sucede e intentarlo, querer escribir eso que no nace del deseo, es matarse un poco y matar con nosotros a la literatura.

Y luego también están las razones de la escritura por la escritura misma, que funciona como algunas pulsiones amorosas. Algo casi inexplicable. Este acto por el cual dejo de ser yo misma y escribiendo o amando soy un instrumento, un vehículo, algo que transporta dentro de mí esa energía que debe ser manifestada, como la violencia o la dicha. Pero no soy yo misma. No es parte de mí sino a través de mí. Eso que necesita el mundo y que una pone a su disposición. Una razón altruista de lo que se escribe, donde ya no cabe intervenir desde la razón, como en el amor, en el que uno se dispone y dice: tengo esto para darte, es tuyo, tengo esto para curarte, es tuyo. Yo, nosotros, vos, no importamos. Sólo importa esto que pasa a través nuestro. Y es una vanidad que a veces una no está dispuesta a resignar.

Lo imperdonable: haber borrado todo lo escrito en el blog *La Novia de Sandro.* Por ese entonces habían aparecido los blogs y yo escribía a mano detrás de los apuntes de la facultad y luego

me iba a un cyber y lo transcribía en la computadora. De ese pasaje resultaba la corrección. Por eso cuando me acerco a esos textos, los que sobrevivieron a esa quema de posibles libros, los encuentro casi acabados.

Pero cuando comenzó mi carrera como actriz e intuí la posibilidad de que la gente conociera mi pasado, que supieran que había sido prostituta, decidí borrarlo todo. Que nadie supiera todo lo que yo escribía en ese blog, las cosas que decía ahí sobre mí misma y sobre mi trabajo.

Ahora sería incapaz de precisar los límites que diferencian a una prostituta de una actriz. Pero en ese momento yo quería resguardarme de los lugares comunes y caí en el peor lugar común que pude encontrar: el de una escritora desapareciendo o quemando lo que escribe. Recuerdo algunos títulos, algunos cuentos, ciertos paralelismos entre Luperca, la loba que amamantó a Rómulo y Remo, y yo.

Una tarde recibí un correo electrónico. Un admirador que me conocía por leer ese blog me mandaba algunos textos que él había rescatado del incendio. Entonces parte de mi historia no se pierde. Yo me vuelvo a encontrar con esa travesti joven

que fui, en las calles, en los parques, en los mercados, en las pensiones, en las plazas, en las facultades y en las rutas. Me encuentro otra vez conmigo misma y siento mucha bronca por haber intentado borrarme así, borrar lo que fui por vergüenza.

Hace poco leyeron mi libro de poemas, mi primer y único libro de poemas, llamado *La Novia de Sandro* en honor al blog. Toda la hora que duró la lectura tuve la sensación de que ese libro no había sido escrito por mí. Que no eran mis poemas, que habían sido escritos por otra mujer. Dije antes que se es una escritora distinta cada vez y es la misma certeza que me recorre cuando vuelvo atrás en el libro. Un ánimo dicta las palabras, un ánimo tan cambiante que me distancia así de lo que pude haber escrito antes.

Me reconocí propia, reconocí mi voz y mis inquietudes en dos o tres poemas de los veinte que tiene el libro. Al principio experimenté una tristeza enorme, cómo podía ser que fuera tan grande la distancia entre ese libro y yo, no era posible haber cambiado tanto. Me escuché llorona, demasiado afanada en el amor, preocupada de más por los hombres, por suscitar en ellos un deseo, cursi, cursi a más no poder, y me odié. Ya

ven, hay cosas que nunca cambian. Como el rigor con que nos juzgamos y acusamos y culpamos de lo escrito. Esa vara con que medimos nuestras palabras como si fueran decisiones de vida.

Pienso en el fondo que sólo se puede escribir sobre eso. Que los mundos inventados por la escritura, la fantasía, la ciencia ficción, la mentira, sólo es escribir sobre nosotros mismos. Sólo es a partir de esa voz que se escribe y se tiñen los escritos de alter egos y héroes y tragedias que parecen lejanos a nosotros pero que son lo que somos. Un acto honesto. Todas nuestras virtudes y defectos puestos en palabras que no dicen más que todo ese mar de aceite que somos por dentro.

Siempre tuve la sensación de que quienes escribimos reconociendo ese límite, somos mal vistos y mal leídos.

La literatura es un acto de amor, decía Borges.

Convoca al gesto del amor, como ese lector que guardó todos mis escritos que ahora puedo recuperar para descubrir que madurar no siempre es mejorar. Que por mucho que pasen los años la escritura no es mejor ni peor, sólo cambia.

Que todo esto que escribo no es más que un acto de amor para conmigo misma y que a veces

soy tan estúpida que no puedo verlo. No puedo ver el cariño que me doy cuando escribo. Un cariño torpe que se parece muchas veces a un golpe, pero así transportan las hembras a sus cachorros, mordiéndoles la piel del cuello sin causarles dolor.

El viaje inútil es hacia el recuerdo. Un día mis padres me llevaron a la vera de un bosque. Frente a mis ojos se erguían árboles de mil años. Los picos de los cerros se ocultaban detrás de ellos como si tuvieran miedo de ser vistos. Con suavidad mi mamá me empujó dentro del bosque y yo no miré atrás. En este bosque hice mi casa, elegí mi tumba, tuve amores y soñé mis reencarnaciones. Aquí voy a morir y mi espíritu se deshará en polvo. Nada. Apenas unas huellas que indican que he pasado por el camino y traía conmigo lo que tenía para dar: un poema escrito a máquina con tinta roja que sin saber por qué sobrevivió a los incendios:

Anoche mi papá llegó borracho a casa. Anda enojado mi papá.

Mi mamá para hablar del enojo de mi papá siempre dice dos cosas: la otra y Cristina. Discutieron con mi

mamá y yo me desperté con sus gritos. Como somos pobres yo no tengo habitación. Eso dice mi mamá.

Como soy muy chico para mi edad, todavía duermo en una cuna. La cuna está al lado de la cama de mis papás. Por la noche, saco la mano por entre los barrotes de la cuna y mi mamá me da la mano. A veces a mi mamá se le cansa el brazo y me suelta, entonces lloro, medio dormido. Una vez mi papá me dio la mano así mi mamá descansaba y yo me di cuenta que no era la mano de mi mamá y le dije: yo quiero la mano de mamá. Mi papá siempre se ríe cuando lo cuenta, dice: "la viveza del tipo".

Está de visita un sobrino de mi papá que duerme en un colchón que tira en el pasillo que va al baño. El patio de la casa es grande y tenemos un nogal. Con un vecino jugamos a la mamá y al papá. Yo soy la mamá. El vecino se llama Santiago y es pelirrojo.

Mi papá llega borracho muy seguido.

Mi mamá me manda a dormir temprano y ella lo espera.

La pared de la cocina tiene una mancha gigante y muchas salpicaduras. Mi papá tiró una sartén con aceite a la pared. Estaba enojado porque yo no quería comer. Se sacó el cinto para obligarme a comer y mi mamá me defendió. Se enojó con los dos y nos tiró con la sartén. Lo único que se dañó fue la pared que ahora está manchada.

La casa está pintada del color de un hospital. Es verde, muy fea.

Hace poco mi mamá me llevó al hospital. Mi cara chocaba con su hombro porque me llevaba en brazos. Corría al hospital. Mi mamá tiene 25 años.

Las lágrimas de mi mamá me mojaban la cara y el cuello. No sabía que mi mamá estaba tan asustada. Al volver del hospital al otro día

Mi mamá le reclama a mi papá su ausencia. Dónde estabas grita mi mamá.

"El chico se me moría de fiebre en los brazos!", le grita. Y escucho ese nombre una vez más: Cristina. Lo acusa de estar siempre con ella.

Mi papá vende autos usados, tiene unos 20 autos usados.

Pero mi mamá tuvo que llevarme en brazos al hospital, corriendo como una loca por la ciudad.

Cuando escuchamos el auto de mi papá entrando al garaje yo corro a meterme a mi cuna. La cubro con una sábana y finjo dormir.

Ese chico cómo duerme, dice mi papá. Despertalo. Mi mamá me despierta, yo voy donde está mi papá. Él me enseña a escribir los números y las letras. El número que más me gusta dibujar es el dos, porque es como un patito. Tengo muchos cuadernos llenos de patitos. Sé escribir mi nombre también:

Cristian Omar Sosa Villada.

Mi papá muestra orgulloso el cuaderno, tengo cuatro años y él está orgulloso, dice: "cuatro años el tipo, mirá la letra que tiene". La gente se asombra. Hay noches en las que no quiero comer hasta que mi papá no llega. Entonces me sienta en su falda y me enseña a untar pan en la cosita amarilla del huevo. Y otras, cuando él está, yo no tengo hambre. Entonces no quiero comer y él se enoja, porque anda siempre enojado porque toma mucho dice mi mamá y se saca el cinto y me pega. Por eso mi mamá se metió a defenderme y la pared verde hospital quedó manchada con aceite.

Me da miedo mi papá y sobre todo lo quiero mucho a mi papá. Anoche llegó borracho otra vez y me desperté con miedo, como si hubiera sentido miedo mientras estaba dormido. La escuché a mi mamá llorar. Es muy joven mi mamá. Le grito que venga a dormir y lloro también. Mi mamá viene y me pide que me calle por favor. Yo sigo llorando dentro de mi cuna.

Una noche mi mamá le pide que me compre una cama. No hay plata para comprarle una cama dice mi papá. Pero cómo para irte a cenar con Cristina sí tenés plata. Entonces mi papá hace como que le va a pegar y mi mamá me toma entre los brazos y mi papá esconde la mano.

Vuelven a la cocina y siguen discutiendo.

Tengo un perrito que encontré en la calle.

Mi papá está borracho y se enoja con el perrito, escucho que el perro grita de dolor y me asusto más. Voy a la cocina y mi mamá está poniendo diarios sobre el pis del perrito y me dice que vamos a tener que regalar al perro, que mi papá no quiere más al perro en casa, que le pegó porque se había hecho pis. Andá a dormir me dice, antes de que tu padre vuelva del baño. Al volver lo veo a mi primo durmiendo en calzoncillos sobre un colchón en el piso. Mi primo es lindo y tiene un calzoncillo verde casi tan feo como las paredes de la casa.

Me acuerdo de una vez que dormimos en un hotel y como mi papá no estaba borracho nos quedamos hasta muy tarde viendo películas de dibujitos.

Pero ahora, por la noche, ya no es como en el hotel.

Mi papá sale del baño y sigue peleando con mi mamá. Yo grito de miedo en la cuna. Entonces mi papá entra a la pieza y da una orden: duermasé. Le grito que se vaya y que nos deje solos y se enoja más y más y saca una pistola.

Una pistola de policía, porque mi papá es o fue policía. Me apunta y me dice que me calle.

Duermasé.

Yo me callo, sin más.

Mi primo entra en calzoncillos verdes.

Es lindo mi primo, muy lindo.

Le dice: Omar, calmate, está el chico. Mi mamá cruza delante de mi papá y viene a sentarse a su cama. Me viste y me toma en brazos otra vez. Me da besos y me moja la cara con sus lágrimas. Nos vamos a dormir a lo de una vecina: Doña Pepa, que nos abre la puerta preocupada. Menos mal, dice Doña Pepa. Qué le pasó a ese loco, pregunta y mi mamá no puede contarle nada porque no para de llorar.

Tiene 25 años mi mamá.

Nos prepara un sofá cama y dormimos los dos juntos. Esa noche no es necesario que mi mamá me dé la mano. Yo me voy quedando dormida mientras miro la brasa de su cigarrillo. Está todo oscuro, salvo esa brasa que va y viene y por momentos se hace más grande y luego más suave, por el humo. Desde la casa de Doña Pepa escuchamos los gritos de mi papá.

Ya se le va a pasar, dice mi mamá. Es esa casa que lo pone loco.

Al otro día Doña Pepa nos hace el desayuno. Mi mamá llora mientras le cuenta, repite, Cristina, Cristina, la otra, Cristina. Doña Pepa no dice mucho, pero me prende la tele y yo veo los dibujitos.

Mi papá golpea la puerta. Yo corro y me escondo debajo de la cama. Me quedo ahí hasta que Doña Pepa viene con mi perrito. Se agacha. Tiene un vestido con

flores. Me da el perrito y yo me duermo debajo de la cama.

Al mediodía mi papá nos lleva en el auto hasta la terminal, dejamos a mi primo ahí y después, estamos todos comiendo en un restaurante. Mi papá, que me acaricia, mi mamá que está enojada. Camino a casa mi mamá me deja ir adelante con mi papá. Yo no sé qué siento. Me alegra que hayamos comido los tres.

Esa noche escucho a mi papá y a mi mamá al lado de mi cuna. Se besan y respiran mucho, muy fuerte, se dicen cosas de amor. Yo me despierto del todo y empiezo a cantar, no me gusta escuchar que se besen y se digan cosas de amor. Entonces mi papá se enoja. Mi mamá me pide que me vuelva a dormir. Que si me duermo al otro día me lleva al bar donde tienen la pecera que me gusta.

Mi mamá cumple su promesa, no es como mi papá que no cumple sus promesas. Me lleva al bar de la pecera pero antes le prende una vela a la Virgen del Valle. Nos vamos a tomar un jugo y cuando volvemos al frente de casa hay mucha gente y un camión de bomberos. Mi mamá entra corriendo para saber qué pasó y con miedo de que mi papá se haya vuelto loco y haya incendiado la casa, pero no, es que la vela que mi mamá prendió quemó la cómoda y luego quemó toda la casa. La casa es como una enorme pileta y hay mucha gente en el patio mirando y bomberos que están muy nerviosos y van de acá para allá. Las paredes feas color hospital ahora están negras y el piso es todo de agua.

Me llevan otra vez con Doña Pepa y duermo solo ahí. Mi mamá y mi papá no sé dónde están. Le pregunto a Doña Pepa si puedo dormir con mi perrito y me dice que claro que sí. En el sofá cama duermo abrazado a mi perro.

Al otro día me despierto con la remera mojada. Mi perro se hizo pis. Pero no le digo a nadie.

Mi papá y mi mamá me buscan.

La vela a la Virgen del Valle quemó toda la casa.

Me dejan jugar en la casa que es como una pileta enorme.

En la esquina del baño encuentro mi cuaderno donde practico escribir los números y las letras. Está todo mojado y borroso. En la tapa hay un sol con cara feliz, unas nubes con caras felices, mi papá con cara feliz, mi mamá con cara feliz y yo con una cara feliz. Como uso crayones para escribir y dibujar,

la tapa del cuaderno no se borroneó. Arriba dice: cristian omar sosa villada

Y más arriba las manchas de aceite en la pared se escondieron bajo el hollín.

Lo bueno de todo eso es que mi papá se olvida que no quiere que mi perrito esté en casa así que me lo quedo y eso era lo único que me preocupaba.

Nota editorial

Provocar a la vida para que hable

Demian Orosz

Los autores de los primeros tres títulos de la colección *Escribir* se conocieron en el sexto Festival de Literatura de Córdoba, en 2016. Se cruzaron en mesas de lectura y en bares, cuando el festival se estiraba en ritos de amistad y encuentro. Juan Forn cuenta, como parte de un mito de origen privado, que arrastró a Leonardo Sanhueza, prácticamente escondido detrás de una mochilita que era como un escudo que ponía a salvo su timidez y su lacónica participación entre las copas que iban y venían, hasta el lugar donde Camila Sosa Villada planeaba sacudir la noche con un espectáculo de canciones. Ahí se acaba la leyenda. Y *se non è vero, è ben trovato*, como escribía el filósofo y astrónomo italiano Giordano Bruno.

Más tarde, la idea de juntarlos fue de la escritora y editora Gabriela Halac. Un capricho animado por una luz en el horizonte. Desde entonces, en Ediciones DocumentA/Escénicas creemos que los tres libros hermanados en una colección pueden ser una instancia más de esos encuentros fugaces, una manera de iluminar diálogos secretos y permitir que todo aquel que quiera pueda sumergirse en ellos.

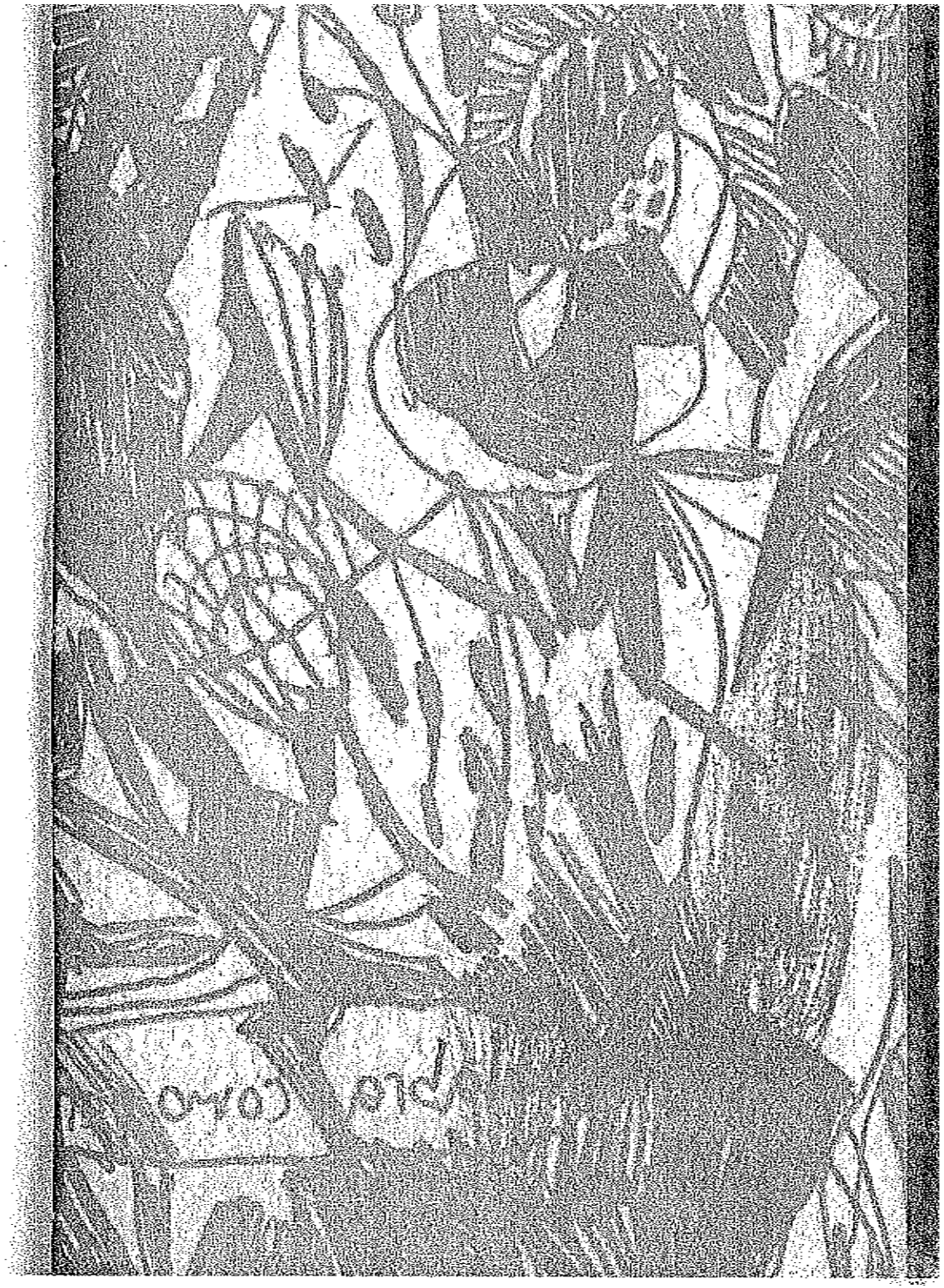
Los títulos que conforman el lanzamiento de la colección *Escribir* son tres textos muy distintos, imantados sin embargo por una voluntad similar de abrir vasos comunicantes entre la experiencia y la literatura. Formas de provocar a la vida para que hable.

Los libros que se lanzan de manera simultánea y que conforman el puntapié inicial del proyecto son *Cómo me hice Viernes. Una autopsia*, del escritor argentino Juan Forn; *La partida fantasma. Apuntes sobre la vocación literaria*, del poeta, narrador y cronista chileno Leonardo Sanhueza; y *El viaje inútil. Trans-escritura*, de la actriz, dramaturga y escritora cordobesa Camila Sosa Villada.

Creemos que tenemos entre manos una combinación de registros y estilos muy potente. Y estamos convencidos de la necesidad y la importancia de generar, desde Córdoba, un circuito que cargue de electricidad al campo literario, provocando reflexiones y relanzando el debate con voces originales.

Escribir. Más allá de la referencia bastante evidente al ensayo-relato de Marguerite Duras, cuya exploración autobiográfica deviene en la construcción de una poética fuertemente atada a la soledad, se trata aquí de una colección que aspira a convertirse en lugar de reunión y construcción de una zona reflexiva, con obras que permitan cruzar experiencias en torno a la escritura. Ya sea por el origen de los autores, su lugar en la escena o incluso su "llegada" al campo literario desde otras artes o disciplinas.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de febrero de 2018 en los
talleres gráficos de Baez.
Se utilizó la tipografía Garamond.
Para el interior se utilizó papel
Bookcel de 80 gramos, y para la tapa
Rives Tradition Blanco Natural
de 250 gramos.



Habra como

Otros títulos
Ediciones Documenta/Escénicas

La boca de la tormenta
Eugenia Almeida

Tebas Land
Sergio Blanco

Yo te vi caer
Santiago Loza

LUZAZUL
Emilio García Wehbi

Casa que arde
Emilio García Wehbi

La Biblioteca Rota
Tomás Alzogaray Vanella,
Agustín Berti
Gabriela Halac

"Un recuerdo muy antiguo. Lo primero que escribo en mi vida es mi nombre de varón. Aprendo una pequeña parte de mí". **El viaje inútil** arranca anunciando zozobras y maravillas. Con una intensidad y una rabia inusuales, Camila Sosa Villada ensaya en clave autobiográfica el relato de una deriva que va de la infancia al posterior ejercicio de la prostitución, el tránsito desde el travestismo al teatro y el choque con la escritura como lugar de posibilidad y peligro, de expresión de vitalidad y borramiento. La actriz y dramaturga cordobesa, que brilló en obras de su autoría como **Despierta corazón dormido** y **Pux madre**, se mueve hacia la literatura con una potencia que retiene la crudeza de su vida volcada en las piezas que lleva a escena.

A/E

ISBN 978-987-4416-04-0